

CRISTIANIDAD



SEDES SAPIENTIAE

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción	Anual	100 ptas.	}	Número ordinario	5 ptas.
	Semestral	50 »		Encuadernar.	25 »
	Trimestral	25 »		Tomo encuadernado	125 »

TEXTIL GUASCH

S. A.

Fábrica de Tejidos de Lana



Calvo Sotelo, 16 bis - Teléfono 2300
Dirección telegráfica: GUASCH
Apartado de Correos número 12

SABADELL

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?
Telefona al n.º 22 24 46 y se te dará el nombre de tu favorecido

CATÓLICO:

DESPIERTA Y MILITA

El endiosamiento de la Razón

«Se trata de instaurar en el mundo la soberanía de Cristo. «Instaurarlo todo en Cristo», volver a edificar, como decía el propio Pío X, desde sus cimientos religiosos el edificio de la sociedad cristiana».

Porque fuera de esto no hay otro camino de salvación—pues he ahí la gran paradoja: que sólo manteniendo íntegro el Ideal podemos salvarnos de la utopía—«esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo». Con las palabras que anteceden señalaba *CRISTIANDAD* en su editorial del número pasado el único remedio eficaz que cabe aplicar al mundo en los males que actualmente padece. Estos males aparentemente dispares y susceptibles, por lo mismo, en virtud de la variedad de sus manifestaciones, de los más contrarios diagnósticos, tienen en realidad una única raíz, por la que pueden reducirse a unidad: el Naturalismo. El Naturalismo, digámoslo con la palabra autorizada de un Papa, León XIII, «transfiere a la naturaleza humana el principado arrancado a Dios» (1).

En la historia de este proceso y esta lucha, la más encarnizada y peligrosa que contra la Iglesia se haya levantado jamás, marca un hito trascendente, capital, la aparición en Francia, hace dos siglos, de la Enciclopedia, obra donde toda impiedad tuvo cabida y elogio, y donde con insidioso refinamiento se ponen en entredicho los más firmes postulados en que descansa la fe y dogma católicos.

Dos notas hacen especialmente grave la labor de los enciclopedistas: el carácter en apariencia cultural y científico que dieron a sus ataques sistemáticos contra Dios y el exquisito refinamiento y aun elegancia con que supieron hacer digerir el veneno de su doctrina demoleadora en el seno de una sociedad interiormente corrompida y desde hacía tiempo preparada para recibir el manjar filosófico que «hartara» a espíritus ciegos, y les dejase ayunos de toda idea y sentimiento religiosos.

El endiosamiento de la razón y su absoluta independencia de toda autoridad, había de encontrar fácil acogida entre espíritus vanidosos y vacíos. La batalla contra Dios y su Iglesia podría reñirse—y ahí estaba la peligrosa novedad—sin necesidad de proclamar abiertamente un ateísmo más molesto al oído que a las costumbres. Y conservando casi intactas las grandes fórmulas con que se gobiernan las sociedades hipócritas, podía destruirse el espíritu que un día les dió vida y contenido sin que el pudor de los que todavía sentían con la Iglesia pudiera levantar señal alguna de protesta.

He ahí la obra de la Enciclopedia. Bandera del naturalismo pagano, quiso elevar la razón a tal altura que se rebazara por inútil y anticuada toda fuente de verdad revelada que pusiera freno a esa nueva diosa. Modelo de hipocresía y perversidad, halagó los instintos brutales de la naturaleza para que la razón que había de ser verdugo de todo lo existente en el pasado, fuera también víctima de todos los «avances» que habían de venir, pues que «el oficio de la carne no es otro sino tirar coces contra la razón» (2).



«Es principio capital de los que siguen el naturalismo — enseña León XIII — que la naturaleza y razón humana ha de ser en todo maestra y soberana absoluta, y sentado esto, descuidan los deberes para con Dios o tienen de ellos conceptos vagos y erróneos. Niegan, en efecto, toda divina revelación, no admiten dogma religioso ni verdad alguna que no pueda comprender la razón humana, ni maestro a quien precisamente deba creerse por la autoridad de su oficio. Y como en verdad es oficio propio de la Iglesia católica, y que a ella sola pertenece el guardar enteramente y defender en su incorrupta pureza el depósito de las doctrinas reveladas por Dios, la autoridad del magisterio y los demás medios sobrenaturales para la salvación, de aquí el haberse vuelto contra ella toda la saña y abinco de estos enemigos» (3).

El furor con que fué atacado lo sobrenatural en la Enciclopedia y el odio que en ella se muestra a todo cuanto se relaciona con la Iglesia, señala claramente la filiación naturalista y el signo destructor de que el Papa acusa a los herederos ideológicos de los enciclopedistas, modernos perseguidores de la Iglesia en la sociedad nuestra, que hoy simulan enfrentarse contra el comunismo ateo, sin abdicar de aquellos principios que le dieron origen entonces y ahora le dan fuerza y alientos nuevos

* * *

Y en contraste con la Enciclopedia, fuerza destructora y negativa, se nos ofrece más luminosa y esplendente la obra de un genio gigante, San Isidoro, en quien la santidad y la ciencia brillaron por igual. Sus «Etimologías» serán perpetuo testimonio de cómo a la luz de la verdad y de la revelación todas las demás ciencias encuentran feliz desarrollo y campo ilimitado sin que entre las verdades que en el campo de la naturaleza se ofrecen a la investigación y las que la Iglesia propone como reveladas haya posibilidad de choque y discrepancia.

Una «Enciclopedia» católica impregnada de espíritu sobrenatural fué punto de arranque para que toda la Edad Media construyese una ciencia cristiana que hoy pueden envidiar los mismos que, obcecados por un progreso ilusorio y material, la denigran con más ligereza que razón.

Otra Enciclopedia, la que lo es por antonomasia, dió carácter oficial, envuelto en el ropaje de una mentida cultura, al naturalismo que desde hacía tiempo atentaba tímida y sinuosamente contra la esencia misma de la Iglesia católica y su Jerarquía Suprema.

La batalla verdadera que el mundo tiene hoy planteada no es la pugna, quizá más visible y aparatosa, entre dos matices distintos de un idéntico y fiero ateísmo, sino la que desde el principio de los tiempos y más en estos últimos siglos de apostasía tienen entablada los principios contrarios e irreconciliables que representan estas dos obras que CRISTIANDAD presenta a sus lectores: el naturalista pagano que con solas las fuerzas de la razón quiere ilustrar y dar la felicidad al hombre nacido para Dios, y aquel otro que sin despreciar esta misma razón la enaltece y eleva a un orden superior, sobrenatural, desde donde cobran sentido las aspiraciones más íntimas del hombre y desde el que se da cumplida satisfacción a los más graves problemas y exigencias de la humanidad

R. C. V.

(1) «Inmortale Dei» (IX), 69, cit. en «Sapientiae christianae», 15.

(2) Obras del Beato Juan de Avila, pág. 1672. Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1927.

(3) Enc. «Humanum Genus».

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: El endiosamiento de la Razón (pág. 169) ★ La Enciclopedia, instrumento de la impiedad, por Roberto Coll Vinent (págs. 171 a 173) ★ Federico II y la Enciclopedia, por Joaquín Xicoy Basegoda (págs. 174 y 175) ★ La Enciclopedia juzgada por un contemporáneo (págs. 176 a 178) ★ El ambiente en que nació la Enciclopedia (págs. 179 a 182) ★ El Papa exhorta a los maestros de Francia a la defensa de la Fe con medios naturales y sobrenaturales (págs. 182 y 183) ★ La Enciclopedia medieval, por Pablo López Castellote (págs. 184 a 186) ★ Radiomensaje Pascual al mundo católico (pág. 186) ★ Notas bibliográficas (pág. 187) ★ De la Quincena religiosa, por Hinmanu-Hel (págs. 188 y 189) ★ De la Quincena política, por Shehar Yasub (págs. 190 a 192).

ADVERTENCIAS. — CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de grabados originales de CRISTIANDAD sin indicar su procedencia.

LA ENCICLOPEDIA INSTRUMENTO DE LA IMPIEDAD



En este año concurre el segundo centenario de la aparición en Francia de la «famosa enciclopedia, hoy de nadie consultada y memorable sólo a título de fecha histórica» (1).

No es sólo para rememorar una efemérides de la historia universal por lo que exhumamos una obra que, en opinión de Menéndez y Pelayo, yace en el olvido para no levantarse ya. El que hoy sea una obra anticuada y «superada» por otras posteriores no borra el hecho de que «para su siglo («el más perverso y amotinado contra Dios que hay en la Historia») fuera máquina de guerra y legión anticristiana en que todos sus enemigos, directos o solapados, se conjuraron y unieron sus fuerzas» (1).

Hoy, a dos siglos de distancia, y cuando la impiedad ha avanzado mucho más en su obra destructora y el ambiente se ha hecho insensible aun a la herejía misma, podrán muchos no ver más que una aparente inocuidad en las afirmaciones astutamente paliadas de que está repleta

(1) Menéndez y Pelayo: «Historia de los heterodoxos». Tomo V, p. 21.

la Enciclopedia. Y, sin embargo, la empresa que con ella acometieron los que, puestos a deshonorar el lenguaje, no vacilaron en llamarse filósofos, señala el primer paso de una conjura de vuelos universales, que, hija de Satán, no podía tener otro fin que destruir a la Iglesia y con ella los fundamentos mismos sobre los que se asienta la sociedad.

«Ecrasez l'infame»

«Estoy harto —decía Voltaire— de oírles repetir (a los cristianos) que doce hombres han bastado para establecer el cristianismo, y tengo ganas de demostrarles que con uno hay bastante para destruirlo.» A estos diabólicos, y desde luego frustrados, deseos responde con perfecta adecuación la consigna «Ecrasez l'infame» (2), que, salida de boca del patriarca de Ferney, vendría a ser el *leitmotiv* de la actuación demolidora a que iban a entregarse con afán desmedido todos los secuaces de la Enciclopedia a las órdenes de Diderot y d'Alembert.

Los esfuerzos para encubrir los verdaderos fines de la Enciclopedia no fueron bastantes a evitar que «los filósofos jóvenes como Mercier, el marqués de Lange y otros, impacientes por publicar el secreto del proyecto de los filósofos o persuadidos de que estaba vecinísima su efectación, claramente descubrieron en sus obras el fin de los filósofos, que era destruir toda religión revelada y aun natural, y abolir la soberanía» (3).

Un objetivo de tales alcances, aun perseguido con saña satánica y con poderosos instrumentos, necesitaba justificación ante una sociedad que, aunque corrompida en gran parte, no iba a admitir la proclamación abierta de principios que eran la antítesis de los que exteriormente profesaban por un resto de pudor y un lastre de muchos siglos de historia.

La justificación, el pretexto más bien, sería la filosofía y en general el cultivo de las ciencias y bellas artes, la exaltación e independencia de la razón, el sacudirla del yugo de la autoridad levantándola contra «una potencia despótica y arbitraria que la mantenía en forzoso silencio». He aquí la Enciclopedia (4).

(2) El historiador francés Tornezy en «La legende des philosophes», defiende con poca fortuna la tesis de que al hablar de «l'infame» se refiere Voltaire a la calumnia de que con frecuencia fué víctima. No es raro en quien pone en entredicho la impiedad del filósofo por el hecho de que algunas veces en los últimos años de su vida se acercara a la iglesia de Ferney para asistir a la santa misa y comulgar.

(3) Hervás y Panduro: «Causas de la Revolución de Francia», ps. 369-70.

(4) Diderot escribía a este respecto: «Aujourd'hui que la philosophie s'avance à grands pas, qu'elle soumet à son empire tous les objets de son ressort; que son ton est le ton dominant, et qu'on commence à secouer le joug de l'autorité et de l'exemple pour s'en tenir aux lois de la raison il n'y a presque pas un ouvrage élémentaire et dogmatique dont on soit entièrement satisfait.» Y en el mismo pasaje: «Je ne puis souffrir qu'on s'appuie de l'autorité des auteurs dans les questions de raisonnement; et qu'importe à la vérité que nous cherchons le nom d'un homme que n'est pas infalible?»

Antes que los altares, las conciencias

Este fué el orden de la batalla contra todo lo revelado y sobrenatural. Era necesario, en cierta manera, que la opinión pública pereciese por la gangrena corruptora de la más desenfadada inmoralidad antes de que cayesen los altares bajo el hacha de las hordas enfurecidas. Federico II de Prusia, el protector y amigo de los filósofos, lo entendía así cuando dirigiéndose a Voltaire escribía: «minar sordamente y sin ruido el edificio, equivale a forzarle a que caiga por sí mismo». Y lo mismo sentía l'Alembert al reprochar las impacencias sectarias del propio Voltaire: «Si el género humano se iba ilustrando es porque se tenía la precaución de no hacerlo sino poco a poco.»

Esta fué también labor de los enciclopedistas un poco al margen de su obra fundamental y escrita.

Y ésta la razón y la influencia extraordinaria de los salones, un poco en decadencia con respecto al siglo XVII, y, sin embargo, focos principalísimos de la difusión verbal de las ideas enciclopedistas. Allí, en amable tertulia, se reunían en torno a damas complacientes lo más florido y granado de la sociedad dieciochesca francesa, y allí tenían una tribuna casi a diario los mismos autores que luego volcarían el veneno en las páginas de la Enciclopedia. Por las memorias de Mme. Geoffrin (y lo mismo podrían decir las de Mme. du Deffand o Mme. de Epinay y tantas otras) nos es conocida la reunión de los lunes, día consagrado a la comida a los hombres de letras, en que con suma facilidad y sin ninguna reserva ni escrúpulo exponían sus teorías sobre la no existencia de Dios, la inutilidad del culto religioso o la hipocresía de los sacerdotes. Es muy probable que nunca se permitiese negar notundamente la existencia de Dios. De mejor tono era más bien bromear, sin dejar de ser católico, sobre la religión, mofarse de sus ministros, ceremonias e instrumentos sagrados. Sentar con agradables comentarios las nuevas bases y los principios «regeneradores» del mundo que renacía, socavando, entre chiste y chiste y uno por uno, todos los fundamentos en que descansan la sociedad y convivencia humanas.

El espíritu nefasto de la filosofía enciclopedista no hubiera llegado tan fácilmente hasta las últimas esferas de la sociedad sin esos instrumentos difusores que el languidecimiento y relajación de las costumbres hacían más eficaces. El hombre medio no leía los infolios donde agotaban su maldad y su crudición fatua los heraldos de la impiedad, y en cambio aceptaba con alguna complacencia las dosis prudentes y escalonadas de la doctrina nueva bajo la forma sutil de la ironía, en la que se amagaba el insulto o la blasfemia.

«Esta manera de engañar a los hombres —escribe Diderot en el artículo «Encyclopedie»— actúa muy prontamente en los espíritus cultivados y opera, además, infaliblemente y sin ninguna consecuencia enfadosa, secretamente y sin aparato, sobre todos los espíritus. Es el arte de deducir tácitamente las consecuencias más avanzadas.»

Artículos de fachada y «camuflados»

La lectura del discurso preliminar de D'Alembert da, a primera vista, la sensación de casi total inocuidad y ponderado equilibrio. Quienes quieran descubrir en flagrante delito de impiedad o indecencia al prologuista de una obra esencialmente impía quedarán quizá un tanto defraudados. Cierto que una lectura más atenta permite encontrar graves fallos y pulsar con suficiente claridad la verdadera intención de los autores (5). Esto no quita el que sea este

(5) Un ejemplo entre muchos, es la siguiente sospechosa sentencia: «Tous les philosophes auraient mieux connu notre nature, s'ils étaient contents de borner à l'exemption de la douleur le souverain bien de la vie présente»; y al hablar sobre Descartes: «Descartes a osé du moins montrer aux bons esprits à secouer le joug de la scholastique, de l'opinion, de l'autorité, en un mot, des préjugés et de la barbarie; et par cette revolte dont nous recueillons aujourd'hui les fruits, la philosophie a reçu de lui un

discurso, modelo acabado de hipócrita comedimiento y suma prudencia humana.

La pauta marcada en el discurso preliminar de D'Alembert es seguida fielmente en toda la obra hasta el punto de provocar serias quejas en Voltaire, quizá menos comedido, y no por falta de astucia, sino por exceso de impacencia feroz y sectaria. D'Alembert le consuela y se descubre: «Lo que en un artículo queda obscuro, está dicho con tanta mayor claridad en otro donde la Autoridad no lo busca: la posteridad observará bien lo que se ha pensado y lo que se ha dicho.» Diderot pone todavía más en claro su táctica: «Cuántas veces un prejuicio nacional exige respeto, hay que dejarlo parecer verosímil en el artículo que le está dedicado; pero en otros artículos hay que quitar el polvo y la suciedad» (6).

Donde menos podría pensarse, se encuentra el error manifiesto o la burla cáustica sobre personas e instituciones sagradas y aun sobre otras de reconocida eficacia política en el campo profano. Ahora bien, ¿por qué procedimiento llevan al lector hacia los artículos aparentemente anodinos y donde, en cambio, se encuentra lo más sustancial de la doctrina enciclopedista?

El desprecio y el insulto tras la alabanza

El procedimiento es el «renvoi». Para eludir la persecución y las consiguientes prohibiciones por parte de los ministros de la corte o del Parlamento, cuya interna corrupción no llegaba a consentir abiertos ataques a la religión y a la soberanía, sobre todo después del revuelo levantado por los dos primeros tomos—, acompañado de peligrosos ataques en sectores todavía sanos—, los editores se habían hecho más precavidos.

Su táctica fué tan eficaz como perversa. En los artículos que lógicamente habían de ser más consultados y vigilados por la Autoridad y que contenían, por otra parte, los conceptos básicos, se procuraba no faltar a la ortodoxia oficial. Al fin de ellos, empero, remitían al lector a otro artículo «complementario», donde se decía y demostraba exactamente lo contrario de cuanto por prudencia habían débilmente sustentado en el primero.

Oigamos al propio Diderot escribiendo en el artículo «Encyclopedie»: «Una última clase de «renvoi», que puede ser de palabra o de cosa, son los que yo llamaría de buena

service plus difficile peut-être à rendre que tons ceux que elle doit à ses illustres successeurs. On peut le regarder comme un chef de conjurés que a eu le courage de s'élever le premier contre une puissance despotique et arbitraire et que en preparant una revolution eclatante, a jeté les fondements d'un gouvernement plus juste et plus herceux qu'il n'a pu voir établi.»

(6) Por ejemplo: los artículos Bible, Dieu, Carême, religion, dogme, sacrement, etc., se acomodan, aunque flojamente, a la más estricta ortodoxia dejando un poco débiles los argumentos positivos y las refutaciones a los que contradicen la verdad. Otros artículos, en cambio, al parecer inofensivos, contienen el error descarado y abierto. Están repletos de doctrina impía artículos como Aius Lacutius, Aigle, junon, amentes, etc. En la palabra *Bramines*, pongo por caso, dice al final lo siguiente: «... Tout se tient dans l'entendement humain; l'obscurité d'une idée se repand sur celles qui l'environnent; une erreur jette de ténèbres sur de verités contigues; et s'il arrive qu'il y ait dans une société des gens interessés à former, por ainsi dire, des centres de ténèbres, bientôt le peuple se trouve plongé dans une nuit profonde. Nous n'avons pas point de malheur a craindre: Jamais les centres de ténèbres n'ont été plus resserrés qu'aujourd'hui: la philosophie s'avance a pas de géant, et la lumière l'accompagne et la suit.»

Y en la palabra Droit se escribe: «La volonté generale est toujours bonne: elle n'a jamais trompé, elle ne trompera jamais. C'est à la volonté generale que l'individu doit s'adresser pour savoir jusqu'ou il doit être homme, citoyen, sujet, père, enfant; et quand il convient de vivre ou de mourir. C'est a elle de fixer tous les devoirs. Vous avez le droit naturel le plus sacré a tout ce qui ne vous est point contesté par l'espece entiere. C'est elle que vous éclairera sur la nature de vos pensées et de vos desirs. Tout ce que vous concevrez, tout ce que vous méditez sera bon, grand, élevé, sublime, s'il est de l'interet general et commun.»

De esta doctrina saca entre otras la siguiente conclusión cuyos perniciosos efectos palpamos todavía en nuestros días: «que puisque de deux volontés, l'une generale et l'autre particuliere, la volonté generale n'erre jamais, il n'est pas difficile de voir a laquelle il faudrait pour la bonheur du genre humain que la puissance legislative appartint et quelle veneration l'on doit aux mortels augustes dont la volonté particuliere reunit et l'autorité et l'infailibilité de la volonté generale».

gana satíricos o epigramáticos; tal, por ejemplo, el que se encuentra en uno de nuestros artículos, donde, a continuación de un elogio pomposo, se lee: «voyez *capuchon*». La palabra burlesca *capuchon* y lo que en este artículo se encuentra podría hacer sospechar que el elogio pomposo no es sino una ironía y que hace falta leer el artículo con precaución y pesar exactamente todos sus términos. Yo no quisiera suprimir enteramente esos «renvois» porque tienen alguna vez su utilidad. Se les puede dirigir secretamente contra ciertas ridiculeces, como las referencias filosóficas contra ciertos prejuicios (ya sabemos a qué llamaban «prejuicio» y «superstición» los filósofos). Es, de vez en cuando, un medio delicado y ligero de rechazar una injuria sin ponerse apenas en la defensiva y arrancar así la máscara a graves personajes.»

Con este procedimiento tan minuciosamente detallado por el primer artífice de la Enciclopedia se hizo burla abierta y sistemática de todo lo sagrado y sólido que constituía el fundamento necesario de una civilización que, desde entonces y a pasos agigantados, va dejando de ser cristiana.

«Frente a la común manera de pensar»

Diderot termina su larga explicación sobre el «renvoi» declarando el objetivo final de la obra a que consagró su vida entera: «Si estos reenvíos de confirmación y de refutación (confirmación de lo heterodoxo sustentado con hipócrita debilidad en los artículos propios, y refutación

de lo que por cumplido y táctica debían defender en los vocablos básicos del lenguaje) son previstos de lejos y preparados con destreza, darán a una Enciclopedia el carácter que debe tener un buen diccionario: este carácter es cambiar la común manera de pensar» (7).

Sencillamente, una verdadera y profunda revolución en las ideas. Una destrucción total de lo existente. Un ataque a fondo al patrimonio sagrado y espiritual de toda la humanidad. La diabólica consigna «écrasez l'infame», con tal despliegue de fuerzas, hubiera podido ser una realidad si no fuera porque Voltaire se equivocó al creer que sólo doce hombres habían establecido el cristianismo en el mundo. Estos hombres estaban asistidos del Espíritu Santo y su gracia fecundante y poderosa obró el milagro. Lo divino y sobrenatural que la Enciclopedia quiso destruir, y éste si era su verdadero fin, escapa al alcance de los ataques de los hombres por más que los dirija el propio Satanás.

* * *

Los estragos que desde la Enciclopedia ha causado el naturalismo en el seno de las sociedades son inmensos y difíciles de calibrar. La apostasía moderna es hija legítima del espíritu enciclopedista. Y este espíritu está latente y vivo incluso en muchos de los que sin abandonarlo y aun ensalzándolo hacen inútiles forcejeos para aniquilar (con palabras, eso sí) el último y más reciente fruto de aquella plaga que es el comunismo moderno.

«Señor —decía un contemporáneo no muy piadoso a Helvetius, enciclopedista—, dejadnos estas ilusiones tan queridas (se refería a las espirituales de la religión) y que son nuestra felicidad, o, por piedad, dadnos en su lugar realidades que puedan resarcirnos de los placeres ilusorios (?), pero divinos, que nos queréis arrebatar» (8).

Destruir es cosa fácil. No vinieron, ni vendrán, estas realidades que sustituyan a lo que la impiedad de ayer y de hoy socavó. «Ellos atacan a Dios para aniquilarnos, y nosotros seguimos ignorando a Dios para defendernos», escribía una pluma autorizada en estas mismas páginas (9).

La batalla impía que desató el naturalismo sólo podrá ser ganada con el arma poderosa y hoy única del sobrenaturalismo cristiano.

Nuestra única potencia está en Dios. No en el de los deístas. En el Dios providente y misericordioso de los católicos. Y en Él está también nuestra esperanza.

Roberto Coll Vinent



(7) Sobre las Cruzadas escribe: «On traita long temps les declamations de ces bonnes gens (los peregrinos que volvían indignados del trato cruel de que eran objeto sus hermanos bajo las hordas musulmanas) avec l'indifference qu'elles méritaient; et l'on était bien éloigné de croire que il viendrait jamais des temps de ténèbres assez profondes, et d'un atourdissement assez grand dans les peuples et les souverains sur leurs vrais intérêts, pour entraîner une partie du monde dans une malheureuse petite contrée, a fin d'en égorger les habitants et de s'emparer d'une pointe de rocher qui ne valait pas une goutte de sang, qu'ils pouvaient vénérer en esprit de loin comme de près et dont la possession était si étrangère a l'honneur de la religion.»

«Cependant ce temps arriva, et le vertige passa de la tête achauffé d'un pèlerin dans celle d'un pontife ambitieux et politique, et de celle-ci dans toutes les autres. Il est vrai que cet événement extraordinaire fut préparé par plusieurs circonstances, entre lesquelles on peut compter l'intérêt des Papes et de plusieurs souverains de l'Europe; la haine des chrétiens pour les musulmans, l'ignorance des laïcs, l'autorité des ecclésiastiques, l'avidité des moines; une passion desordonnée pour les armes, et surtout la nécessité d'une diversion qui suspendit des troubles intestins que duraient depuis longtemps. Les laïcs chargés de crimes crurent qu'ils s'en laveraient en se baignant dans le fang infidèle...» Y así hasta el final.

(8) Citado por TORNEZY. «La légende des philosophes», pág. 268.

(9) Vid. CRISTIANIDAD, Núm. 153-154, pág. 372.

FEDERICO II Y LA ENCICLOPEDIA

Es innegable que Federico II de Prusia fué un hombre extraordinario. Quizás el más extraordinario de su tiempo. Sin embargo, densas sombras proyectan sobre su personalidad las relaciones que mantuvo con los filósofos franceses de la Enciclopedia. A primera vista resulta un poco difícil hacer compatibles las ideas de un rey, soberano en toda la extensión de la palabra, con las ideas disolventes de los enciclopedistas. Repugna imaginar a un Federico, ministro único de toda Prusia, albergando en su palacio a Voltaire, autor de mil atentados contra la autoridad. Porque nadie puede negar gran clarividencia y serena reflexión a Federico II. Pero así fué. Y al hecho hay que buscarle una explicación. Que si la hallamos, habremos penetrado profundamente en el secreto del éxito de las doctrinas del dieciocho.

Política religiosa de Federico II

Federico II heredó de su padre un reino minúsculo, perdido en el mapa de Europa, y casi inexistente en el juego de las cancillerías. Cuando falleció, en 1786, Prusia había doblado su extensión, multiplicado por cien sus riquezas y se codeaba, altiva, con las primeras potencias europeas. Todo ello lo consiguió solo, completamente solo. No necesitó de ningún Richelieu. Fué rey, primer ministro y consejo de ministros de una sola pieza. Dotado de una insaciable pasión de trabajo para bien de su país, lo hizo todo por sí mismo y a ritmo febril. Fué genio de la estrategia, hábil en la diplomacia, eficaz en las finanzas, agudo pensador y excelente cultivador de la música y la poesía. Pero le faltó la religión. La corte del «Rey Sargento», en que se educó, más movía a marcar el paso que a practicar devociones. Inteligente como era, jamás negó la divinidad, pero le tuvo muy sin cuidado lo que sus súbditos pensarán de ello. Católicos y protestantes le importaban muy poco como a tales. Quería obediencia, y ésta no le faltó.

Kant se extasiaba ante la postura religiosa de Federico el Grande: «Un príncipe que no considera indigno de sí declarar que reconoce como un deber no prescribir nada a los hombres en materia de religión y que desea abandonarlos a su libertad, que rechaza, por consiguiente, hasta el pretencioso substantivo de tolerancia, es un príncipe ilustrado y merece que el mundo y la posteridad, agrade-



cidos, le encomien como aquel que rompió el primero las ligaduras de la tutela y dejó en libertad a cada uno para que se sirviera de su propia razón en las cuestiones que atañen a su conciencia» (1).

Pero Kant no advierte que tal postura de Federico II respondía no a un principio teórico, sino a una norma de política práctica. Ciertamente, el reino de Prusia no era ámbito apropiado para el desarrollo de una política confesional. Confesionalidad que no hubiera titubeado un momento en abrazar si con ello hubiese aumentado la fuerza de su admirado ejército o la potencialidad de su industria. Federico no era católico, pero para bien de su reino hubiese gritado, a plena voz y de mil amores, parafraseando las palabras del francés, que Berlín bien valía una misa. En más de una ocasión lo probó con hechos. La historia de los jesuitas habla con elocuencia a este respecto. Y, en resumidas cuentas, es indudable que la política religiosa de Federico de Prusia fué mucho más beneficiosa para la Iglesia que la que siguieron los católicos y cristianísimos reyes contemporáneos en sus países.

Los enciclopedistas se apuntan un tanto

Pero ya hemos dicho antes que sobre el reinado luminoso de Federico II se proyecta la sombra siniestra de los enciclopedistas. Los tales, muy versados en el arte de adular a los reyes, lograron ganarse enteramente las simpatías del soberano de Prusia. Y no les costó mucho encontrar el más fácil camino para ello. Las letras eran la pasión dominante del monarca. En las pocas horas de ocio que le dejaban las abrumadoras tareas del gobierno, dedicábase a escribir y a leer cuanto estaba a su alcance, que era mucho. Por esto se entusiasmó ante la brillantez de Voltaire. Y por el especial interés que le despertaban las ciencias físicas, se aficionó a la erudición de Alembert. Entusiasmo y afición le movieron a mantener continua correspondencia con uno y otro. La puerta quedaba abierta, y por ella los enciclopedistas hicieron entrar cuanto quisieron.

Federico nada sabía de los dogmas del catolicismo, y jamás había llegado a sus manos un solo libro de verdadera ciencia eclesiástica. Sus catequistas fueron los flamantes «filósofos». Y con tales maestros, el discípulo, que no era tonto, salió aventajado. El marqués de Argens se encargó de hacerle la grotesca caricatura del credo católico y de la historia de la Iglesia; y ante semejante monstruosidad, mezcla de tiranía, infamia y superstición, el monarca se creyó obligado a unir su pluma a los que querían acabar con ella. Escribió las «Cartas chinas», y otras obras anónimas que prohibió el Papa, en las que se recoge todo el odio que los enciclopedistas sentían hacia «la infame».

Hábilmente le hicieron creer que luchando contra la Iglesia se luchaba en favor de la soberanía, pues el poder del clero era el único que podía hacer sombra al de los reyes. Federico iba enardeciendo a los «filósofos» para que no cesaran en su empeño de «ilustrar al mundo». En 1769 escribía entusiasmado: «¡Qué revolución! ¡Cuál será la que en el siglo venidero deberá suceder! Por una parte, el abuso de la disipación obliga a los príncipes a apoderarse de los bienes de los religiosos, que son los malos ministros y las trompetas de la superstición. Este edificio, socavado ya sus fundamentos, está para arruinarse; y las naciones

(1) Ensayo «Contestación a la pregunta ¿qué es la ilustración?»

en sus anales notarán que Voltaire fué el promovedor de esta revolución que en el siglo XVIII se hizo en el espíritu humano» (2).

Los enciclopedistas se habían anotado un tanto a su favor. Porque Prusia empezaba a pesar en la historia de Europa.

El discípulo se rebela

Pero lo extraordinario del caso es que Federico el Grande no aplicó en su reino ni una sola de las máximas enciclopedistas que con tanto ardor defendía en los papeles. No dió un solo paso para el pronto triunfo de la revolución que con tanto alborozo anunciaba a Voltaire. A una insinuación del blasfemo de Ferney para que iniciara el saqueo de los bienes eclesiásticos: «Quisiera Dios que el Papa tuviese alguno de sus estados cerca de los dominios de Vuestra Majestad, y que Vuestra Majestad no distase tanto del santuario de Loreto», contestó airado: «Loreto podría estar junto a mi viña; mas yo ciertamente no lo tocaría» (3). Cuando los jesuitas, a quienes llamaban Federico y sus filósofos principales defensores de la religión católica, fueron disueltos y expulsados de los estados europeos, en Prusia encontraron asilo y protección.

Pero es más. En las varias ocasiones en que Voltaire, Alembert y Argens tentaron al rey prusiano para que francamente confesara su ateísmo, Federico II se mantuvo siempre firme en confesar la existencia de la divinidad. Despreció como absurda la obra en que Voltaire defendía la eternidad del mundo. A Diderot no dudó en calificarlo de «razonador enfadoso y repetidor», por haberle descubierto indicios de ateísmo.

Lo que ocurrió es que el rey de Prusia era un diletante de la filosofía. En su corte no había bufones, porque las funciones de diversión corrían a cargo de los doctos pulcadores de la lira de la Ilustración. Le gustaba a Federico agudizar el ingenio poniendo en tela de juicio todo lo divino y humano. Por esto sus ideales interlocutores fueron los despreocupados franceses del «Siglo de las Luces». Aquello de poder escribir un verso nuevo con ironía creciente cada día le encantaba. Resultábale un estupendo pasatiempo meterse audazmente con las intocables instituciones tradicionales.

Pero cuando era cuestión de pasar a los hechos, la cosa cambiaba. Una cosa era el chiste filosófico anticlerical o irreverente y otra las normas de gobierno. Sabía distinguir perfectamente lo que era diversión de lo que era política. No confundió jamás a un bufón con un ministro. Por esto no puede decirse que Federico el Grande fuera un rey enciclopedista. Todo lo más fué un enciclopedista a secas, o más bien lo que hoy llamaríamos un *snobista* de la Enciclopedia. Su aguda sensibilidad política le llevó siempre a apartarse de todo cuanto fuera un peligro para la soberanía y el orden. «Estoy persuadido que un *filósofo fanático* es el mayor de los monstruos posibles, y al mismo tiempo es el animal más inconsecuente que la tierra ha producido» (4).

El discípulo se había sublevado, con su conducta, contra los principios inculcados por sus maestros. Pero toda su vida fué discípulo. La corte de Prusia estuvo siempre abierta para acoger y coronar a los pontífices de las nuevas doctrinas. Los enciclopedistas explotaron a fondo, es-

pecialmente en el terreno diplomático, los brazos de Federico II, siempre dispuestos a estrechar con cariño toda novedad científica.

El secreto de un éxito

Se ha dicho con razón que las revoluciones nunca las hacen los de abajo por sí solos. La Revolución francesa, la revolución por antonomasia, no hubiera sido posible, por lo menos en su aspecto más destructor, si en Europa no hubiesen existido muchos Federicos. Figuras de talento y prestigio, con su alegre inconsciencia, animaron y dieron vida oficial a unas ideas, brillantes por lo nuevas, sin detenerse a meditar demasiado en lo que podían significar en su proyección práctica. La dialéctica de los hechos les vino a convencer, luego, de la índole del juego en el que habían estado tomando parte tan alegremente.

Federico fué engañado por sus amigos enciclopedistas. De su amistad y simpatía se aprovecharon largamente para fines que jamás sospechó. Este es el secreto del éxito de todas las revoluciones: enganchar a su carro a todos los inconscientes de prestigio e influencia. Luego, éstos dicen que los acontecimientos les desbordan. No son los acontecimientos, son las ideas que ellos han sembrado o aplaudido que llegan fatalmente a sus últimas consecuencias. Y mucho más si estas ideas son de las que halagan a la caída naturaleza humana.

Fácilmente nos imaginamos a Federico el Grande de Prusia dirigiendo sus ejércitos contra la Francia que había llevado al patíbulo a sus soberanos. Pero su vida no duró tanto que le permitiera reparar de tal manera los males de sus *flirts* filosóficos. Y ha pasado a la historia como el rey amigo de Voltaire.

* * *

Sin querer, al escribir sobre el caso de Federico II, hemos pensado en aquellos intelectuales españoles que nos obsequiaron con la segunda República. A los pocos días se rasgaban las vestiduras haciendo protestas ardientes de que no era aquello lo que querían. Tampoco ellos sabían que la República sería quemar conventos y asesinar diputados de la oposición. Y luego resultó tan natural...

Joaquín Xicoy Bassegoda



(2) Obras póstumas de Federico II, rey de Prusia. Berlín, 1788; pág. 37.

(3) Carta escrita a Voltaire en 1774.

(4) Carta a Alembert, en 23 de marzo de 1771.

LA ENCICLOPEDIA JUZGADA POR UN CONTEMPORANEO

Lorenzo Hervás y Panduro, fundador de la moderna filología comparada, polígrafo español y religioso de la Compañía de Jesús, vivió durante la 2.^a mitad del siglo XVIII hasta principios del XIX. Cuando la expulsión de los Jesuitas por Carlos III, fué deportado a Italia, donde permaneció el resto de su vida, excepto tres años que vivió en España aprovechando un Decreto. En los últimos años de su vida fué bibliotecario del Quirinal, en tiempos de Pío VII. La obra de que están extractados los fragmentos que presentamos lleva como pie de imprenta: Madrid 1807, aunque se sabe que hasta 1812 no pudo divulgarse por haberlo impedido la Inquisición, que se hallaba entonces en manos de jansenistas. «El Inquisidor Arce -dice Menéndez Pelayo en los Heterodoxos- sometió el libro a la censura del Arzobispo Amat, y éste opinó rotundamente por la negativa, fundado en que la obra contenía expresiones injuriosas al gobierno francés, y sobre todo que llama inicua a la expulsión de los jesuitas, y quería desenmascarar la hipocresía del jansenismo».

Las formas hipócritas encubren prácticas ateas

La religión, señor mío, entra por los oídos, según el proverbio; y así también la irreligión se hace más notoria por el oído que por la vista. Habrá conocido usted algunas personas de vida notoriamente escandalosa; y, no obstante, el pueblo no las tiene por ateas, como debía tenerlas: mas si de alguna de estas personas o de otras menos viciosas oye alguna proposición contra los dogmas cristianos, luego las tiene por ateas. He aquí cómo el pueblo, para tener por atea a una persona, se gobierna más por el odio que por la vista: y por esto los ateístas al principio del siglo eran más cautelosos en sus palabras que en sus obras. Llegó el tiempo en que ya los ateos políticos y literatos hablaron entre ellos sobre el ateísmo, y desde entonces ninguno de ellos temió de ser reconocido como ateo, porque faltó motivo de temer castigo del príncipe. En estas circunstancias, Voltaire, imbuido en el espíritu de Montaigne y de Bayle, y redoblando la impiedad de éstos, empezó a figurar con fama, aunque a su talento ningún crítico podrá conceder sino la habilidad para poetizar y satirizar con ridiculez maligna, falsificando los hechos más ciertos de la Historia y despreciando los derechos del pudor natural.

Destrucción del cristianismo por los filósofos

Este poeta impio y salado en sus expresiones, que, como bien advierte Juvigny (1), fué el primero que desplegó el estandarte del filosofismo en su obra *lettres philosophiques*, publicada en 1734, pocos años después de esta obra trabó familiar correspondencia con Federico, rey de Prusia, y con ella abrió la puerta a Alembert, Argens, Diderot, Condorcet y a otros filósofos impios para tratar de tú por tú a algunos soberanos que imitaron a Federico en familiarizarse con los filósofos. Voltaire, famoso en Alemania, Francia e Inglaterra, por sus versos, por el aplauso que a sus máximas impías daban sus prosélitos, y por su amistad con Federico, concibió la esperanza de poder destruir el cristianismo por medio de sus filósofos, y con ayuda de los príncipes e ignorantes engañados, que a sus fines concurrían alabando a los filósofos y reconociendo como doctores de la sociedad humana a los que la destruían corrompiendo las costumbres y las ciencias. Montesquieu, con su obra del espíritu de las leyes, y con sus cartas persianas

(las que al rey Federico y al marqués de Argens dieron modelo para escribir aquél las cartas chinas, y éste las judías) había conquistado antes o preparado, a lo menos, muchos prosélitos para la impía filosofía. Aparecieron contemporáneamente con Voltaire los impíos Helvecio y Juan Jaime Rousseau, que formaron sus respectivos partidos filosóficos. Casi todos éstos, maestros en el 1750, lo eran libremente de la impiedad; y desde dicho año, viéndose aplaudidos y honrados, empezaron a meditar y proyectar la ruina del altar y del trono. Los proyectos que estos filósofos han efectuado en Francia, destruyendo la religión y la soberanía, según conjetura (2) de Montjoye, se formaron primeramente por los calvinistas de Francia y después pasaron a las manos de los filósofos. Me parece que no es justa la conjetura de Montjoye, o a lo menos se deberá decir que no hay fundamentos para probarla. Los calvinistas franceses, aunque después de la muerte de Luis XIV empezaron a tener mayor libertad, no tuvieron influjo en la corte, en donde generalmente eran despreciados, y solamente empezaron a ser honrados después del año 1750, cuando ya los filósofos, habiendo proyectado la ruina de la religión católica y de la soberanía, les facilitaron acceso y honor para lograr mejor sus intenciones. Sabemos que el proyecto de dicha ruina por la primera vez se ha visto en manos de los filósofos, como lo confiesa Montjoye citando tres casos diferentes (3) respecto de las personas y de los tiempos. Sabemos que Voltaire constantemente insistió siempre aconsejando y persuadiendo a sus secuaces que destruyesen el cristianismo: y últimamente, según las obras de Condorcet, secretario de filósofos y depositario de sus secretos, y, según la censura que de ellas hacen los impíos, sabemos (4) que el proyecto filosófico se dirigió a destruir la religión, como único apoyo de la soberanía, para que, al mismo tiempo, cayeran necesariamente el altar y el trono. Todo esto sabemos con certidumbre y todo esto hemos visto ejecutar en Francia y pretender que se ejecutase en toda Europa: parece, pues, ser evidente que el dicho proyecto ha sido formado totalmente por los filósofos.

La impía filosofía contra la felicidad del género humano

He delineado a usted como en embrión la formación del proyecto que la impía filosofía concibió para hacer infeliz al género humano: debo ahora indicarle los medios

(1) De la decadence des lettres, et des mœurs par Rigoley de Jigni, París, 1787. 8. pág. 385.

(2) Véase en el núm. XIII de los documentos la letra A.

(3) Véase el núm. XIII de los documentos la letra D.

(4) Véase del núm. I de los documentos la letra C.

de que sucesivamente se valió para efectuarlo. No prometo a usted descubrirle todos los medios, ya porque la noticia de algunos, aunque se conjetura prudentemente por políticos y literatos aun no se tiene por cierta, y ya porque no se pueden poner en obra de uso común, cual puede ser ésta, las noticias en que sería necesario nombrar con poco honor personas aun vivientes. No obstante esta limitación, podré dar a usted las noticias que basten para que, como *ex ungue leonem*, así de ellas infiera lo que no digo, lo que ha sucedido y lo que con el tiempo otros publicarán más libremente.

Era empresa verdaderamente temeraria proyectar la destrucción del cristianismo en Francia, en donde, según las leyes, se hacía profesión pública del catolicismo únicamente: mas los inventores y fomentadores de tal proyecto sabían bien que en Francia crecían desmedidamente y obraban diariamente con mayor libertad los partidos filosófico, calvinístico y jansenístico, y que muchedumbre de personas de toda clase, viciosas o indiferentes en materia de religión, se agregaría a cualquiera de dichos partidos a proporción que éstos continuasen en obrar más libremente. Los dichos partidos, desde el año 1748 en que Europa se pacificó con la paz de Aquisgrán, empezaron a hacerse más visibles; porque las sectas, como usted observará constantemente en la Historia, no empiezan ni se promueven mucho en tiempo de guerra, sino en el de paz. Ésta, en nación viciosa o inficionada con falsa doctrina, presenta ocasiones oportunas para que los ánimos desocupados insensiblemente se imbuyan en ella.

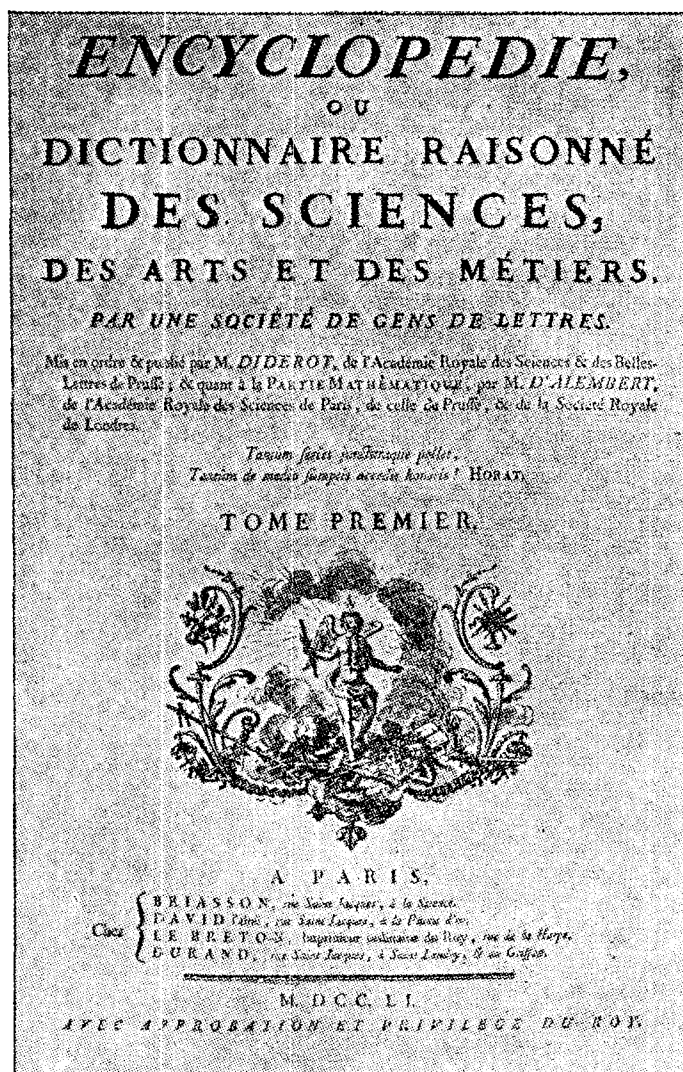
Una obra de perversión: la Enciclopedia

Los filósofos, pues, de París, que conocían bien los progresos que las sectas anticatólicas y anticristianas habían hecho, y tenían presentes los que había hecho el jansenismo en el siglo pasado con la unión de los literatos y con la producción de sus obras en Port-Royal, como antes insinué a usted (5), juzgaron que había llegado el oportuno y deseado tiempo en que podrían libremente publicar una obra verdaderamente estrepitosa que llamase la atención de todos los políticos y literatos, grandes y pequeños, de Europa y que fuese capaz de pervertir a los ignorantes y viciosos, y de dar ánimo a los incrédulos para escribir contra el cristianismo. Esta obra fué la que comúnmente se llamaba antes (6) la enciclopedia de París, y para distinguirla de la nueva enciclopedia publicada también en París y reimpressa en Italia en francés y en italiano, llamamos presen-

(5) En el artículo XI.

(6) Su título es: "Encyclopedie" ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts, et de métiers.

temente la enciclopedia antigua de París. El prospecto de esta obra se publicó el año de 1750 (7), y en el año de 1752 ya se habían publicado los dos tomos primeros. Uno de los enciclopedistas que en éstos escribió artículos relativos a la religión fué Juan Martín de Prades, sacerdote de Montauban, país en que el calvinismo dominó desde su nacimiento. En el discurso preliminar a la enciclopedia, dándose noticia de sus autores, se dice (8): «la metafísica, lógica y moral son del abate Ivón, metafísico profundo y, lo que es cosa rara, extremadamente claro... advertimos en esta ocasión que el abate Ivón, juntamente con el abate Prades, prepara sobre la religión una obra tanto más interesante porque ella es producción de hombres de espíritu y de dos filósofos... Prades e Ivón (9), de quienes hemos hablado con el elogio que merecen, nos han dado muchas memorias sobre la historia de la filosofía».



Protección y alabanza para los apóstatas

He dado a usted noticia honorífica de Prades según el elogio que de él hacen los enciclopedistas; este elogio, en que Prades se llama hombre de espíritu y filósofo, basta para conocer su verdadero carácter, porque ya antes de 1750 los filósofos, en su idioma común, llamaban filósofos a los ateístas y deístas; y, por regla general, usted observe que desde dicho año hasta el de 1789, en que empezó la revolución irreligiosa de Francia, el título de filósofo en libros e inscripciones significa ateísta o deísta. Esta anécdota era pú-

blica; y, no obstante, los soberanos, los ministerios y los jueces de las imprentas no se iluminaban para conocer y prever los progresos que hacía la malvada filosofía. Por el título, pues, de filósofo, que en la enciclopedia se da a Prades, usted, con certidumbre, inferirá y conocerá su carácter. No obstante, para que lo conozca mejor, le referiré la siguiente anécdota suya que escandalizó toda la cristiandad.

Se publicaron los dos tomos primeros de la enciclopedia (10) en enero de 1751, y su aplauso casi excedió a la expectación de los filósofos. El idioma francés, en el 1750, era lenguaje ya común de casi todas las personas civiles de Europa, por lo que todas pudieron leer los dichos tomos. Llegó a los filósofos de París noticia del aplauso grande de su obra principalmente en Francia, por lo que Prades, impaciente y deseoso de hacer pública la irreligi-

(7) Véase la dicha enciclopedia impresa Lucques (Luca de Toscana): 1758, tom. I. *Discours préliminaire*, pág. I.

(8) En el citado discurso preliminar, pág. XLVII.

(9) En el citado discurso preliminar. XLIX.

(10) Los dos primeros tomos de la enciclopedia tienen la fecha del 1751, y se debieron publicar en enero de dicho año, pues los hallo anunciados en el tomo de las memorias de Trevoux del mismo año y mes citados: véase "Memoires pour l'histoire des sciences, et des arts, à Trevoux, Janvier 1751; vol. I. Paris, 1751.

gión de los enciclopedistas, y de dar ejemplo público para adoptarla, quiso tomar el grado doctoral en la Sorbona, de la que era bachiller, y a 18 de noviembre de 1751 (11) se presentó en el teatro de la universidad para defender el acto que en ella se llama *Robertino*; y en él propuso defender casi cien proposiciones que formaban un sistema completo del materialismo. El bachiller empezó a defender su acto a presencia de grandísimo auditorio, el cual, escandalizado, no permitió que se continuase la defensa. El bachiller continuó pacíficamente en París, hasta que la academia de la Sorbona, el día 1.º del siguiente mes de diciembre, acusadas las proposiciones de su acto, las condenó, y lo echó de su gremio; y después, por orden de la corte, fué desterrado a Carpentras hasta nueva orden.

Este castigo, tan ligero a mi parecer, con el que probablemente convendrá el de usted, prueba que los filósofos tenían grandes protectores en la corte, pues si no los hubieran tenido, ¿quién duda que el juez más benigno, según las leyes de Francia, debería haber dado a Prades un castigo ejemplar? Luis Pío, o el piadoso, renovó la pena capital de la novela LXXVII, de Justiniano, contra los blasfemadores; San Luis, rey de Francia, como se refiere en su vida por el varón de Joinville, los marcaba en la frente o les hacía cortar la lengua; el artículo XXIII del decreto de Orleans ordena que se observen las leyes de San Luis y de sus sucesores contra los blasfemadores. Según estas leyes, ¿qué pena merecería Prades por haberse atrevido a imprimir y defender públicamente en la universidad de París el ateísmo? La filosofía empezaba ya a mandar en la corte, y por esto Prades fué castigado ligeramente con un destierro, que duró poco.

El Arzobispo de París denuncia los avances de la perversa filosofía

No desagradará a usted leer aquí algunas proposiciones de la carta pastoral que el arzobispo de París publicó con ocasión del acto de Prades: ellas le harán conocer los progresos y la calidad de los dogmas filosóficos. «Con aflicción —dice el arzobispo (12)— vemos los funestos progresos que cada día hace aquella soberbia y temeraria filosofía de que San Pablo se lamentaba en la infancia de la Iglesia. Ella no se limita a impugnar con errores particulares algunos dogmas del cristianismo; mas se vanagloria por oponerse a todos sus misterios y por mostrar incredu-

lidad total que a todo hace guerra, y procura destruir los fundamentos de la fe. Se ven salir todos los años a luz pública producciones impías, libros detestables y volúmenes llenos de errores y blasfemias. Escritores atrevidos, que de común concierto han destinado sus talentos y estudios para dar tales venenos, y quizá ellos contra su expectación lograron alucinar las mentes y corromper los corazones. Prades, autor de las conclusiones de que hablamos, en ellas ha puesto aquellas expresiones, que los materialistas, esto es, aquella raza de filósofos, que no reconocen en el mundo otra substancia sino la materia, sin dificultad adoptarían en su lenguaje... y llega a decir que las religiones papal, mahometana y hebrea, no menos que la cristiana, contrastan entre sí sobre la preferencia. Trata a Moisés de historiador más osado que los poetas fabulosos, etc.»

Las pocas sentencias que de la carta pastoral del arzobispo de París acabo de referir a usted, bastan para que claramente conozca el carácter del filósofo Prades, y los progresos de la filosofía, por medio de los innumerables libros que publicaba. Los filósofos buscaron prontamente protector grande para Prades, y lo hallaron en Federico, rey de Prusia, a cuya corte (13) huyó con su compañero Ivon, y obtuvo un canonicato en el obispado de Breslav, en Silesia; y porque el obispo no quiso darle la posesión, Prades, a 4 de abril de 1754, retractó la doctrina de sus conclusiones; y esta retractación bastó para que el Papa Benedicto XIV aceptase la presentación del canonicato por el rey Federico, en favor de Prades, y éste fuese reintegrado en el grado y honor por la Sorbona. Mas esta retractación, Señor mío, pareceme que debe unirse con la comunión pascual, que Voltaire solía hacer públicamente, porque quería ser *confesor*, y no *mártir*, como Alembert declaró al rey Federico, preguntándole sobre la comunión pascual que había hecho Voltaire.

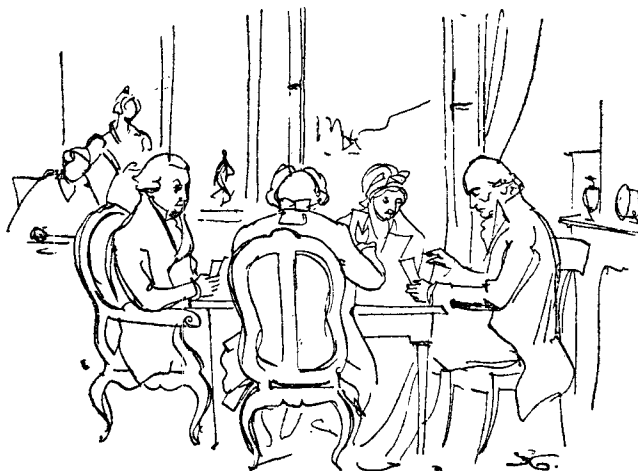
Los filósofos modernos habían determinado imitar a los jansenistas, los cuales, para vivir quietamente en su secta, hacían, como aun hacen exteriormente, lo que hacemos los católicos, y quieren llamarse católicos; sabían por la historia, y por la continua experiencia, que en medio de la nación más católica puede estar el ateísta con seguridad, y libremente obrar según el ateísmo, si tiene el cuidado de practicar ciertos actos exteriores del catolicismo, y de no defender el ateísmo en público. Con esta máxima, la secta de los impíos ha hecho progresos en el centro de las naciones más católicas, de las que no me atreveré a excluir la española.

Causas de la Revolución de Francia. Abate Lorenzo Hervás y Panduro. Tomo I, pág. 323

(11) La storia dell'anno 1752. Amstérdam. A spese di Pitteri librajo di Venezia. 8. lib. 3. 193.

(12) En la citada historia del año 1752; libro 3. p. 194.

(13) La storia dell'anno 1754. Amstérdam. A spese di Pitteri librajo di Venezia. 8. libro 4. p. 192.



Salón de Mme. d'Houdetot

EL AMBIENTE EN QUE NACIÓ LA ENCICLOPEDIA

(...) Cerció con esto la importancia de París, a medida que menguaba en consideración la corte, y aquella cabeza que encontraba ya Enrique III *demasiado gruesa*, trocóse en cabeza monstruosa que llevaba dentro de sí todos los delirios del vértigo. Los filósofos pusieron la impiedad de moda; tornáronse en *esprits forts* los *bels esprits*, tan encomiados en Francia, y hasta aquellos petimetres insubstanciales, abates frívolos y damiselas presumidas que corrían antes de salón en salón, cargados con enormes sacos llamados *ridículos*, en que llevaban un verdadero arsenal de labores, estuches, costureros, juguetillos, cajas de lunares, de colorete, de tabaco, de bombones, de olores, de pastillas; que ocupaban su vida entera en contar historietas, entonar arietas, recortar estampas, bordar en tapicería, deshilar brocados, descifrar logogrifos y componer charadas, erigiéndose también en areópago, riéronse de Cristo y de su Iglesia y repitieron en tono de madrigal las horrendas blasfemias que esparcían Voltaire, desde Ferney, y Diderot y d'Alembert, desde los salones más famosos.

Porque en ellos y a la sombra de las mujeres políticas, sabias o pretenciosas, era donde la impiedad había entronizado sus cátedras, y entonces comenzaron aquellos famosos *soupers* tan característicos de la época, que igualaban en lubricidad a las escandalosas cenas del Regente, y establecieron la comunicación íntima de trato, de ideas y de sentimientos entre los filósofos y los grandes señores. «Los filósofos — dice un autor — eran los héroes del día; aun no habían penetrado sus doctrinas en las masas populares; pero en la aristocracia, en la magistratura, en la clase media rica y en el mundo de las letras y la banca eran ellos los señores, y hablaban recio y sin recato. Encontrábaseles en todas las academias, en todos los palacios de la alta nobleza, en todas las fiestas y cenas elegantes, y aun se acusaba a ciertos prelados de fraternizar con ellos. Había pasado la moda de los petimetres para dar lugar a la de los filósofos, y tan indispensable era en un salón de buen tono uno de éstos con todas sus ideas subversivas, como una araña con todas sus bujías.» La Harpe imperaba en el salón de la orgullosa mariscala de Luxemburg, el más aristocrático de su tiempo, donde conservaba ella intacto el fuego sacro de la proverbial urbanidad francesa. Las duquesas de Choiseul y de Grammont, la princesa de Beauvau, la condesa de Bouffleurs y otras muchas grandes señoras de la corte tenían a gala reunir en sus salones a los oráculos de la filosofía: Condorcet, Diderot, Marmontel, Chamfort, Reynal, d'Alembert, Helvetius, Holbach, y alimentaban ellas mismas el incendio que había de devorar la sociedad entera, considerándolo como un pasatiempo, una distracción, una elegancia, unos lindos fuegos artificiales que tenían la plácida brillantez de una luz de bengala. Había, sin embargo, una razón, que el cinismo de la época ponía a la vista, sin que fuera necesario ir a buscarla en lo más recóndito de aquellas almas. El libertinaje buscaba un salvoconducto en la impiedad: Dios estorbaba, y preciso era suprimirlo; porque debajo de todo aquel brillante conjunto, que la elegancia encubría con plumas y encajes, la filosofía con chistes blasfemos y pedantescas sentencias, había una sola cosa, un solo interés común entre hombres y mujeres: carne.

Y no se limitaban los filósofos a brillar de prestado en los salones aristocráticos; tenían también sus salones propios, donde los dueños eran ellos y los grandes señores los convidados. Era el más antiguo el de la vieja marquesa Du Deffand, aristócrata de raza, la *mujer Voltaire*, como la llamaron en su tiempo, ciego de los ojos del cuerpo y también de los del espíritu. Clavada día y noche en el sillón que llamaba *su tonel*, era aquella vieja extraordinaria el árbitro de las reputaciones, el alma de un centro filosófico y



Salón de Mme. Geoffrin

político al que acudían los diplomáticos extranjeros en busca de la solución de todos los enigmas y el hilo de todas las intrigas.

Seguía luego el salón de mademoiselle de Lespinasse, la amiga harto íntima de d'Alembert, con quien vivía; mujer liviana y ardiente, que encontraremos más tarde, por haber sido ella el origen de grandes pesadumbres sufridas por la duquesa de Villahermosa.

Mas el salón característico de aquella época, el que puede considerarse como una verdadera institución del siglo XVIII, era por aquel entonces el de madame Geoffrin. Fué esta mujer de obscurísimo nacimiento, casada con un fabricante de espejos, hombre de tan cortas luces, que leyendo un tomo de la *Enciclopedia*, impreso en dos columnas, hacía saltando de la línea de una a la línea de otra, y aseguraba después haber encontrado el libro *muy bueno*, aunque algo abstracto; marido de tan escasa importancia, en su propia casa, que echándole de menos, después de una larga ausencia, cierto personaje asiduo tertuliano de su esposa, preguntó a ésta:

«— ¿Qué ha sido de aquel señor viejo que se sentaba siempre al extremo de la mesa y no hablaba nunca con nadie?...

»— ¡Ah! Ya sé quién dice usted — respondió madame Geoffrin —. Ha muerto.

»— ¿Sí?... ¿Y quién era?...

»— Mi marido.»

No era madame Geoffrin más letrada que éste, y cuantos contemporáneos hablan de ella la presentan siempre ignorante hasta el punto de desconocer la ortografía; exacta apreciación ésta que podemos comprobar con un dato auténtico. Entre los abundantes y preciosos documentos que la bondad de cierta gran señora nos ha proporcionado para escribir la siguiente historia, existe un billeteo autógrafo, un *besalamano*, que diríamos hoy, de madame Geoffrin al duque de Villahermosa. Hállase escrito con caracteres garabatescos en un papelillo de dos pulgadas de alto por tres de ancho, cerrado con gruesa oblea encarnada, y dice a la letra:

«Mme. geoffrin fait mille, et mille remerciements, a monsieur le Duc de Villahermoza de la bonne nouvelle qu'il luy a donné sur ia zante de monsieur de mora, elle est bien touchée et bien reconnoissante de cette attention de sa part, elle prend la liberté d'embrasser monsieur le Duc de tout zon coeur, elle presente ces hommages a madame La Duchesse, ce dimanche matin.»

PLURA UT UNUM

Y en el sobrescrito:

«a Monsieur
Monsieur le Duz
de Villahermoza
a l'hotel de monsieur
lembassadeur Despagre
rue de luniversite.»

Y, sin embargo, esta mujer ignorante, sin talento, sin belleza, sin juventud, porque en la época a que nos referimos contaba ya setenta años, había fundado un salón célebre en toda Europa, donde tuvo realmente lugar la íntima y funesta alianza de los grandes señores con los impíos filósofos, comunicando éstos a aquéllos sus impías máximas, siguiendo a aquéllos éstos en sus depravadas costumbres y su elegante libertinaje. El rey de Polonia, Estanislao Poniatowski, que durante su permanencia en París había frecuentado mucho el trato de madame Geoffrin, llamábala su *querida mamá*; Catalina II y Federico de Prusia le escribían familiarmente, y hasta María Teresa, la grande y piadosa María Teresa, el *único rey*, según un historiador, que ocupaba entonces un trono en Europa, hizo detener su carroza en mitad de las calles de Viena para saludar al paso a la *fabricante de espejos*. Las recepciones de madame Geoffrin eran diarias, y a ellas acudían las damas más ilustres de la corte. Dos veces por semana, lunes y miércoles, celebrábanse aquellos famosos *soupers* de hombres solos, que ella presidía, y en los cuales sólo tenía entrada otra mujer, mademoiselle de Lespinasse. Los lunes reunía a los artistas, y los miércoles a los escritores; a estos últimos, por una extravagancia cuyo origen no hemos podido averiguar ni tampoco comprender, regalaba invariablemente la vieja anfitriona un gorrito de terciopelo. La mesa de madame Geoffrin no era muy espléndida; Marmontel, que tantas veces se sentó a ella, dice: «Las viandas exquisitas no abundaban; reducíase todo ordinariamente a un pollo, espinacas y una tortilla.»

Semejante notoriedad en tal mujer, observa uno de sus biógrafos, hay que explicarla siempre por alguna cosa... En otro país cualquiera, creemos nosotros, sería necesario este trabajo; mas en Francia bastará quizá recordar aquella pincelada maestra con que al pintar Tito Livio a los galos de su tiempo, retrató a los franceses de todas las épocas: *Nata ad vanos tumultus gens*.

Por otra parte, la industria de los espejos daba mucho. Madame Geoffrin era rica, y era también quien suministraba con mano generosa los fondos necesarios para la costosa obra de la *Enciclopedia*. Nada tiene, pues, de extraño que los enciclopedistas ensalzaran y se agruparan en torno de aquella extraña vieja, en cuyo bolsillo habían encontrado el manantial de Pactolo. Cuando se leen las entusiastas alabanzas de mademoiselle de Lespinasse a madame Geoffrin, en su continuación al *Viaje sentimental*, de Sterne, debe tenerse en cuenta que la heroína ensalzada pasó por muchos años una pensión de mil escudos a la autora del panegirico, como los pasó también a otros muchos, Thomas y Marmontel entre ellos, al cual último solía llamar *querido vecino* porque le daba albergue en su propia casa.

Esta era la sociedad, así en Versalles como en París, donde a los quince años había de comenzar la duquesa de Villahermosa a conocer a los hombres, porque ésta era la sociedad que su padre, su esposo, sus hermanos y hasta su misma madre, la condesa de Fuentes, frecuentaban, obligados unas veces por su alta posición oficial, arrastrados otras por el imperio de la moda, que tan a menudo finge deberes, acalla escrúpulos y adormece conciencias. En aquellos salones vió la duquesa de Villahermosa adelantarse y crecer a la revolución, vistiendo casaca de terciopelo y chorrera de encaje, antes de vestir la carmañola; caminando sobre los tacones encarnados de los elegantes de la

corte, antes de cobijarse bajo el gorro rojo de los *sansculotte* del noventa y tres.

Mas aquellas cabezas empolvadas se enderezaban a veces con estremecimientos de terror, y las mejillas palidecían bajo el obligado colorete, porque el instinto avisaba a intervalos la proximidad del peligro, porque la muerte se encargaba de cuando en cuando de tumbar por tierra alguna de las grandezas humanas, porque la víctima lanzaba al caer un grito de espanto que ponía pavor en los ánimos y despertaba en torno el remordimiento... Un día, de repente, corrió la voz de que la viruela había atacado a Luis XV. Versalles quedó desierto; el delfín y sus hermanos huyeron; sólo quedaron al lado del rey sus tres hijas, Adelaida, Victoria y Sofia, modelos de amor filial, cuya memoria ajó cruelmente la liviandad de su padre, por aquello de que adonde no llega la maldad llega la calumnia. Aquellos cortesanos, obligados por la imperiosa ley de la etiqueta, cuchicheaban medrosamente en las antecámaras más lejanas. También la ambición desafió el riesgo, y junto a su lecho de muerte vió el rey estallar, más fiera que nunca, la lucha entre el partido de Choiseul y el de la Du Barry. Oponíase ésta y d'Aiguillon a que el rey recibiera los sacramentos, porque había de ser aquélla la señal del destierro de la favorita y de la caída del ministro. Choiseul, por el contrario, el impío Choiseul, el encarnizado perseguidor de los jesuitas, quería que se le administrase sin pérdida de tiempo, como medio de derrotar al bando enemigo. Era horrible aquella lucha de ambiciosos y cortesanos, disputándose un jirón de poder ante el terror de la muerte y la majestad de los sacramentos.

Un hombre enérgico y virtuoso, el arzobispo de París, monseñor de Beaumont, dirimió la contienda; presentóse en Versalles solo, sin aparato, dispuesto a pagar con el mayor de los beneficios la afrenta que le había hecho el rey desterrándole. La camarilla de la favorita presintió su derrota. El mariscal de Richelieu (dice un testigo del hecho), viejo libertino, resto podrido de la Regencia, salió precipitadamente al encuentro del arzobispo y le detuvo en la sala de guardias. Sentáronse en una banqueta; el mariscal hablaba con gran vehemencia y gestos muy animados; el arzobispo le contestaba con entereza; levantóse al fin de repente, y sin hacer caso de Richelieu, entróse en la cámara regia.

El rey no se sorprendió al verle; mas tampoco se apresuró a pedir los sacramentos. A las cuatro de la tarde, la Du Barry en persona vino a tentar por última vez al viejo rey en su lecho de muerte; mas él la mandó retirar con suaves palabras, y la favorita salió de Versalles para no volver nunca. Quedó el rey muy postrado y abatido, y a eso de la medianoche mandó llamar al abate Mondou; confesóse con grandes muestras de arrepentimiento, y al romper el alba recibió el Viático y los santos óleos. La proximidad de la muerte despertaba su fervor, y al entrar el Viático en la cámara arrojó con presteza las sábanas y arrojóse con gran trabajo, apoyado en la barandilla del lecho. El médico quiso obligarle a cubrirse, mas él con mucha humildad contestó:

«Cuando el Dios del cielo viene a visitar a un miserable como yo, lo menos que puede hacerse es recibirle con respeto.»

Entonces el cardenal de la Roche-Aymon, gran limosnero de la corte, leyó por orden del rey estas palabras, en que el pecador se arrepentía, el escandaloso daba satisfacción y el monarca de derecho divino sostenía hasta el borde del sepulcro sus prerrogativas de ungido: «Aunque el rey no tiene que dar cuenta de su conducta más que a Dios, declara que se arrepiente de haber escandalizado a sus súbditos, y que hubiera deseado vivir tan sólo para sostener la religión y hacer el bien de sus pueblos.»

Debilitóse aquí la voz del cardenal, y el rey, con la lengua ya trabada, dijo angustiosamente:

«Repetid, señor cardenal, repetid esas palabras...»



SEDES SAPIENTIAE

«En esto también hemos de seguir el ejemplo de Santo Tomás, que nunca se ponía a leer o escribir sin pedir antes el divino auxilio..., y así supliquemos a Dios todos a una con humilde y concorde ruego que envíe a los hijos de la Iglesia el espíritu de ciencia y de entendimiento, y les abra el sentido con que entiendan la sabiduría. Y para que sean más abundantes los frutos de la bondad divina interponed ante Dios el patrocinio efficacísimo de la Santísima Virgen, Trono de la Sabiduría.»

PIO XI. Enc. «Studiorum Ducem»

PLURA UT UNUM

Y ya no dijo más; a las dos y media de la tarde expiró Luis XV. Oyóse entonces un gran tumulto, que resonó en todo el palacio: eran los cortesanos que, aplicando a sus narices pomitos de enérgicos desinfectantes, abandonaban las antecámaras, ligeros como el que deja al fin una carga, alborotados como el que rompe el freno de largo y forzado silencio... Quedó solo aquel muerto, que había sido rey cincuenta y nueve años; envolviéronle precipitadamente en las mismas sábanas del lecho y arrojáronle en un triple ataúd de encina y de plomo. Aguardaron a la noche, encu-

bridora de todos los crímenes y de todas las vergüenzas, colocáronle en una de las carrozas de caza, y al trote largo, a galope casi, lleváronle a San Dionisio. Escortábanle veinte pajes y otros tantos palafreneros que llevaban antorchas y no vestían luto. El cortejo no osó atravesar por París, y por el bosque de Boulogne dió la vuelta.

El pueblo repetía a su paso aquel grito ridículo, hecho popular, con que el difunto rey solía perseguir a los ciervos:

«¡Taïaut!... ¡Taïaut!... ¡Taïaut!...»

La defensa de la fe con medios naturales y sobrenaturales

Discurso del Papa a la «Union catholique de l'enseignement publique», 26 marzo de 1951

¡De qué escepticismo, tal vez no desprovisto de desdén, habría sido juguete, al declinar el pasado siglo y en la aurora del actual, el osado que hubiese entonces predicho que en un día, en un día no lejano, Roma vería llegar a ella, en número respetable, a los miembros católicos de la enseñanza pública en Francia! ¡Y, sin embargo, héos aquí hoy, amadísimos hijos e hijas, cerca de tres mil, agrupados en este momento a Nuestro alrededor, como hijos confiados y amantes en torno a su padre!

¡La Universidad de Francia! ¡Ocupa un lugar tan hermoso en la historia de la Iglesia y de la nación! ¡Ha tomado una parte tan importante en el progreso de la civilización y del humanismo cristiano! ¡Se podría formar, con los nombres de los grandes hombres, de los grandes iniciadores y fundadores, de los grandes santos, que ella ha contribuído a formar, el más glorioso «libro de oro»! ¡Y mientras que este bien se formaba con magnífico esplendor en la Sorbona y en las grandes e ilustres Facultades, formábase también, discretamente y de otra manera, en las más humildes escuelas públicas, por la entrega de los «magisters» de aldea!

La táctica de los enemigos de la Iglesia

¿Quién podría admirarse de que los adversarios de la Iglesia, inconscientes de los verdaderos intereses de Francia, hayan buscado provocar la fisura que, en sus planes, debía, poco a poco, ampliarse y ahondarse? Falto de principios doctrinales, precisos y firmes, el mundo intelectual, sobre todo desde el final del siglo XVIII, estaba mal preparado para descubrir las infiltraciones peligrosas, para reaccionar contra su penetración insensiblemente progresiva. Incluso sin hostilidad querida, sin designio preconcebido, sin que se cayera en la cuenta, el espíritu vacilante de los maestros, aun los más ilustres, la fluctuación y vaguedad del pensamiento, debían por fuerza hacer sentir sus efectos en la instrucción y en la educación superior, secundaria y primaria de la juventud, efectos más y más extendidos y profundos a cada nueva generación.

En cuanto a la impiedad consciente, espiaba y dirigía para explotarla, la evolución, o más exactamente la desviación de las grandes palabras equívocas de neutralismo

y laicidad. Cegada por sus éxitos, no sabía distinguir, oculta bajo la ceniza acumulada, casi ahogada por la fuerza, la chispa de vida cristiana, de fervor y de celo, que continuaba encendida, ardiente, en los corazones de los más eminentes entre los sabios y los intelectuales, en los de los heroicos maestros de la infancia popular.

Surge una sana y valiente reacción cristiana

Justamente entonces, en el seno de la enseñanza pública en todos sus grados, en emocionante solidaridad maestros y futuros maestros, alumnos aún de las escuelas normales, comenzaban a mostrarse a pleno día; ellos proclamaban abiertamente su fe y la hacían respetar; cada vez menos se osó afirmar la oposición entre la ciencia y la religión, y los que se aventuraban a ello — todavía hoy se encuentran — se exponen a hacer el papel de retardatarios.

Fuera de vuestras filas, la mayor parte de los verdaderos sabios, de los educadores conscientes que no comparten vuestras convicciones y vuestro fervor, no vacilan en daros muestra de su estima; y no falta, entre ellos, quienes, en ocasiones, Nos den a Nos mismo las pruebas de su más sincero respeto. De ello hemos tenido muchas pruebas en el curso del Año Santo. ¿Cómo no Nos alegraríamos, sabiendo que este cambio, humildemente iniciado y que alcanza tanta amplitud, es en gran parte mérito vuestro y de quienes os han precedido? ¿Será preciso recordar la acción modesta, pero profunda y gradualmente en auge, del *Bulletin National des instituteurs et des intrittrices catholiques de l'enseignement publique*, del pequeño «bulletin vert», como decían entonces, la influencia de los primeros grupos, que se formaron bajo denominaciones diversas y con varios matices, y que se multiplicaban, confluendo hacia una estrecha y sólida unión, en pro de una acción común, permanente y organizada?

Plenitud de la manifestación presente

Lo que Nos causa una impresión particularmente viva al veros aquí, es la plenitud de vuestra manifestación: plenitud por la amplitud y la variedad de vuestra asamblea de educadores y futuros educadores de todas las ramas y de

todos los órdenes, plenitud por el objetivo a que apuntáis, pues que no hacéis de vuestra reunión únicamente la decidida y pública atestación de vuestra pertenencia a la Iglesia y de vuestra fidelidad a su doctrina y a su disciplina, de vuestra devoción filial hacia el vicario de Jesucristo: hacéis de ella principalmente una reunión fraternal destinada a promover al mismo tiempo, a desarrollar y perfeccionar en vosotros mismos la vida interior de fe, de oración, de celo apostólico, de piedad litúrgica y contemplativa, alma de vuestra actividad profesional, considerando vuestras *Jornadas universitarias*, no como un Congreso, ni como una simple peregrinación, sino, según una feliz y expresiva fórmula, como una especie de gran *retiro*.

Vuestro valor humano y cristiano debe ser el resorte de toda vuestra actuación eficaz

Tenéis completa razón de colocar en primer plano vuestras intenciones, vuestro progreso y vuestro perfeccionamiento espirituales. Vuestro valor personal—humano y cristiano—debe ser no sólo la base, sino también el resorte de toda vuestra actuación eficaz, tanto para vuestra propia santificación, como para vuestro apostolado.

Pues, en una palabra, vuestra fuerza apostólica emana visiblemente del ejemplo que deis de vuestra fe y de vuestra conducta eminentemente cristiana; ella emana visiblemente de la sobreabundancia de vuestra vida interior sobrenatural, que se vierte sobre todas las almas, comenzando por aquellos que os son más próximos, que os están, en buena parte, confiados.

La educación religiosa frente al laicismo como problema de los maestros católicos

Es igualmente justificada la preocupación que sentís de ejercer, también, por vuestro ministerio de enseñanza, una influencia más directa; y es aquí donde aparece el aspecto delicado de vuestro apostolado.

Era, en el origen de vuestro movimiento, de una indiscutible oportunidad. La evolución, todavía muy parcial, del espíritu, en el transcurso de este medio siglo, no la ha hecho menos oportuna. No obstante la continua solitud e insistencia de la Iglesia en instruir a los padres cristianos del deber primordial de dar a sus hijos una educación, en la que el elemento religioso, doctrinal y moral, no estuviese separado de la instrucción puramente humana, sino que, por el contrario, la penetrase íntimamente; no obstante las incitaciones que hace a sus militantes, que prodigan con desinterés sus esfuerzos y sacrificios para promover y sostener la escuela expresamente católica, no es menos verdadero que un número inmenso de niños se le escapan como consecuencia de circunstancias muy a menudo ineluctables, tales como la imposibilidad de hallar a su alcance una escuela cual se desearía, la indiferencia o la negligencia de las familias, o consideraciones de orden temporal. ¿Serán estas jóvenes almas privadas totalmente de la formación cristiana, a la que tienen derecho?

A primera vista, podría parecer que muchas trabas paralizan vuestra buena voluntad: prohibición de abordar el terreno llamado «confesional», extendido a menudo por

una acepción abusiva a todo el campo religioso — variedad infinita entre escolares, alumnos, estudiantes, que provienen de los más diversos medios, ya marcados con una primera impronta, en la que se advierten formas de educación extrañamente dispares o la ausencia de toda educación —; reserva que se impone frente a adolescentes, de los que unos siguen observancias religiosas más heteróclitas, y otros no tienen ¡ay! religión ninguna.

La influencia secreta de la gracia y de la oración

A pesar de todo, pensáis que podéis y debéis, sin la menor ingerencia ilegítima, o simplemente ilegal, hacer bien, un gran bien a estas jóvenes almas. ¿Lo podéis, por ventura, de otra forma que por esta influencia secreta de la gracia que desborda, de que hace poco hemos hablado, y de la oración?

Dios visible en sus obras

El Apóstol San Pablo despliega ante vuestra mirada un horizonte vastísimo en su Epístola a los Romanos (1, 20): «*Las perfecciones invisibles de Dios, escribe, su eterno poder y su divinidad se han hecho, desde la creación del mundo, patentes a la inteligencia por medio de sus obras*». ¿Habría que entender únicamente por tales «obras» las criaturas materiales e inmediatamente perceptibles a los sentidos? ¿O no es cierto que hay que tener en cuenta también las grandes leyes generales, que rigen el mundo, y que aun en defecto de la revelación y de la fe, se descubren a la razón natural, leal y atenta? Pues bien, todas las ramas del saber humano manifiestan a la inteligencia las obras de Dios, sus leyes eternas, y su aplicación a la marcha física, moral, social, del mundo. Más aún, es imposible a cualquiera exponer con amplitud e imparcialidad la historia de los hechos y de las instituciones, sin que, aparte incluso de toda presentación, de toda insinuación dogmática o apologética, se vea brillar en ellos, con claridad sobrehumana, la luz de Cristo y de su Iglesia.

Vuestra tarea es muy hermosa

¡Valor, confianza, perseverancia, amados hijos e hijas! Vuestra tarea es muy hermosa, y harto visiblemente bendecida por Dios para dudar de que, a través de las pruebas y las dificultades que no os faltarán jamás, a través también de los éxitos de que tenéis continua experiencia, alcance, si no una victoria completa, al menos espléndidos resultados. El beneficio, que redundará con ello sobre vuestra patria misma, no dejará de abrir muchos ojos, de conciliar para vuestra obra la simpatía de más de uno de aquellos que, de buena fe, la contemplan, aun con cierta prevención de desconfianza y de reserva. Este es el objeto de Nuestros más caros deseos, de nuestra más ardiente plegaria, y para apresurar su realización, Nos imploramos el favor de Aquel que, por excelencia, es llamado *el Maestro*, en nombre de Quien, con toda la efusión de nuestro paternal corazón, os damos, a vosotros, a vuestros colegas, a vuestros alumnos y a vuestras familias, a todos aquellos que os son queridos, la bendición Apostólica.



San Isidoro

No es despropósito hablar de San Isidoro en un número dedicado a la Enciclopedia francesa y a su perversa influencia en la Edad Moderna. Siquiera sea como contraposición a tan maligna obra, y a título de digresión instructiva, merece un lugar en este número la figura de quien se hizo acreedor a los apelativos de *Isidorus noster Varro*, *Isidorus noster Plinius* que le conceden sus contemporáneos.

No va a ser la crítica — para la cual no estamos avezados — la que nos guíe en estas líneas; procuraremos si llevar al lector a un suave conocimiento de la gran enciclopedia medieval de las *Etimologías*, de su autor, de la cultura de su época y de su influencia ulterior en la Edad Media.

La Escuela cristiana de Sevilla

Cuenta Roderico Cerratense en su *Vita S. Isidori* que «habiendo comenzado Isidoro el estudio de las letras, sintiéndose de pequeño ingenio, y temiendo el látigo del maestro, huyó no lejos de la ciudad hispalense. Habiendo tomado asiento, fatigado, junto a un pozo, vió una gran roca perforada por tortuosos agujeros, y sobre ella un leño canalado.

»Pensando estaba en eso, cuando vino una mujer a sacar agua, a la cual preguntó:

»— Dime, te ruego, ¿quién y para qué ha hecho los agujeros de esa piedra y los canales de ese leño?

»Le respondió:

»— La roca está perforada por la frecuente instilación de las gotas, y el leño canalado por el paso frecuente de las cuerdas.

»Entonces se dijo el niño: si el agua excava la durísima piedra y el leño es cortado por las cuerdas, ¿cuánto más yo, hombre, aprendiendo cada día, podré llegar a un aumento de ciencia? Y volviendo a Sevilla se sometió humildemente a sus maestros» (1). Así comenzó sus estudios aquel pozo de ciencia, aquel milagro de erudición, a quien Menéndez Pelayo llama «en algún modo el Santo Tomás de su época».

Fué un fruto privilegiado de la Escuela cristiana de Sevilla, fundada por su hermano San Leandro, a quien sucedió en la Sede Hispalense y en la dirección de aquel centro

(1) Arévalo, *Isidoriana*, cap. XIV.

LA ENCICLOPEDIA MEDIEVAL

cultural que irradió en toda España y en toda Europa la ciencia de San Isidoro.

Funcionaba esta escuela desde el año 579, y era su fin principal instruir al clero y atraer a la verdadera religión, por medio de la cultura, a los jóvenes arrianos que estudiando las lenguas que la religión había consagrado se iniciaban en el dogma católico; y escuchando los comentarios a las Sagradas Escrituras, las homilias, o los poemas de escritores eclesiásticos, se habituaban insensiblemente a gustar la moral en ellos contenida.

Allí se formaron mártires, como Hermenegildo; reyes, como Recaredo y Sisebuto; maestros, como San Braulio; obispos, como San Ildefonso, que en medio de una vida de austeridad y estudio fueron construyendo aquella aristocracia espiritual de la Iglesia visigoda que tan alto había de poner el nombre de España en los anales de la ciencia medieval.

Las «Etimologías»

El carácter de la enseñanza isidoriana, como el de la ciencia de la Edad Media, es enciclopédico; le interesaba todo lo que fuese saber, y esto no por un pueril deseo de saberlo todo, o por vanidad de tratarlo todo, sino porque así lo requerían las necesidades de la época.

Cuando todo se ha hundido, hace falta un recuento de lo que se posee, para salvarlo y marchar adelante sobre esa base. Por eso, la Iglesia, cuya obra es eminentemente sobrenatural y sobrenaturalizadora, y, por consiguiente, no enemiga de lo natural, sino elevadora de la naturaleza, sintió la necesidad de salvar todo lo conquistado por el hombre para purificarlo y asimilárselo, y de esta manera infundirlo en los pueblos para civilizarlos cristianizándolos.

En aquellos momentos, «Italia, cuyo antiguo genio había parecido despertar un momento bajo el reino de Teodorico, se había estacionado de golpe ante los nuevos bárbaros, y la voz de sus maestros se había extinguido en medio de las humaredas de las ciudades quemadas por los lombardos. En Francia acababa de morir Gregorio de Tours, casi desesperando del porvenir de las letras, y el oscuro cronista Fredegario es el solo representante de la ciencia en las Galias. Beda no ha aparecido todavía en Inglaterra, y la Germania apenas comenzaba entonces a entrar en relación con la familia latina. España se ofrece entonces sola para llenar el vacío que produjo por doquier la invasión germánica» (2).

Por eso San Isidoro, imbuido por el ideal de ayudar a la Iglesia en su obra civilizadora, «escribe compendios, brevíarios y resúmenes de cuantas materias pueden ejercitar el entendimiento humano, desde las más sublimes hasta las más técnicas y manuales, desde el cedro del Libano hasta el hisopo que crece en la pared» (3). Sus obras son una verdadera enciclopedia en que se contiene la ciencia de su siglo y, como en germen, la de los siglos siguientes.

Pero con mayor propiedad conviene el título de enciclopedia, porque lo es, a la obra que nos dejó con el título de *Etimologiarum libri XX*, que es un intento de ceñir a los límites de una obra todas las ciencias. Los cuatro primeros libros están dedicados a lo que llamaban el Trivium

(2) L'École chrétienne de Seville, par l'abbé Jos. Christian Ernest Bourret, p. 203.

(3) Menéndez Pelayo: «Crítica Histórica y Literaria», Ob. Comp. t. VI, p. 107.

y el Quatrivium: Gramática, Retórica y Dialéctica, el primero; Aritmética, Geometría, Música y Astronomía, el segundo. La Medicina ocupa el libro cuarto, y el quinto lo titula *De legibus et temporibus*, donde examina el concepto de Derecho natural, civil, de gentes, militar, etc. Después de hablar de los libros y oficios eclesiásticos, dedica el libro séptimo a Dios, los ángeles y los órdenes de fieles; y en el siguiente se ocupa de la Iglesia y de las diversas sectas. Habla después de las lenguas, naciones, reinos; y a continuación dedica todo el libro décimo a una especie de diccionario alfabético. El libro siguiente lleva por título *De homine et portentis*, en el que habla de los gigantes, los cíclopes, los cíclopes, etc. Lo ocupan luego los animales, el mundo y sus partes, la tierra, de la que estudia desde los átomos hasta los océanos, y el trueno, y el relámpago, y los vientos, y las lluvias, y los diluvios; y en el libro siguiente estudia las partes de la tierra: Asia, Europa y Lybia. Sigue su estudio con los edificios y campos, las rocas y los metales, el cultivo de los campos, la guerra, las diversiones las naves, y termina con el libro vigésimo, que lleva por título *De penu et instrumentis domesticis et rusticis* (De la despensa y de los instrumentos domésticos y rústicos).

Hasta tal punto es extraordinaria para su siglo esta enciclopedia, que le hace exclamar a Menéndez Pelayo: «Las Etimologías son milagro de erudición para aquella edad, y ni Cassiodoro, ni el venerable Beda, ni Rabano Mauro las igualan» (4).

Su importancia en la Edad Media

Y como obra indispensable la consideró la Edad Media, puesto que, según dice el padre García Villada, no hubo monasterio donde no tuvieran una copia, y se servían de ella como de libro de texto en sus enseñanzas. «Hoy se conocen, parte por conservarse aún, y parte por referencias, alrededor de mil códices de dicha obra, y según cálculos aproximados, debieron existir durante la Edad Media unos diez mil. En Irlanda, Inglaterra, Alemania e Italia era considerado Isidoro como el maestro» (5). «¡Qué contraste presenta este rincón — exclama un autor francés — durante todo el siglo VII con los países que lo rodean! Diríase que han huido todas las musas hacia las hospitalarias riberas del Betis, puesto que sólo de allí llegan los ecos de la palabra antigua y las señales de la vida intelectual de la humanidad» (6).

Menéndez Pelayo considera a San Isidoro como inspirador principal del renacimiento carolingio, por medio de su influencia en Alcuino, el jefe de la escuela palatina, y por los españoles Félix de Urgel y Claudio de Turin, y por el poeta Teodulfo, y el obispo de Troyes Prudencio Galindo, adversario de Escoto Erigena.

Y fué en España el alma de la cultura mozárabe en la que brillaron lumbreras como el abad Spera-in-Deo, Sansón y Alvaro Cordobés. Y el siglo X vió su influencia principalmente a través de la colección de falsas Decretales, a las cuales dieron el nombre de Isidoro para revestirlas de mayor autoridad. Y en la siguiente centuria, Ivon de Chartres utiliza las enseñanzas de nuestro obispo. Y en el Decreto de Graciano, más tarde, aparecen sesenta y seis fragmentos tomados de Isidoro, quien lleva su influencia hasta el siglo XIII, en que le citan Pedro Lombardo y Santo Tomás. Y si pasamos los límites de la Edad Media, todavía encontramos su influencia en pleno Renacimiento. «Los filólogos del Renacimiento, dice el autor francés citado, tan poco favorables a todo lo que no venía de Roma o de Atenas, recurrieron con frecuencia a Isidoro para justificar sus explicaciones y sus comentarios. Vossio, Turnebe, Egidio Ménage, lo citan con elogio, y aunque Sauvage habla de él severamente, lo consultaba, sin embargo, con provecho» (7).

(4) Loc. cit.

(5) H.^a Eclesiástica de España, t. II parte 2.^a, p. 217.

(6) Bourret op. cit.

(8) Ib.

Su influencia política y social

Siempre la ciencia ha influido en la vida de las naciones, pero mucho más cuando se une con la santidad, y más aún cuando se da en una sociedad que comienza a andar los primeros pasos en el camino de la civilización. Por eso la Iglesia, única depositaria de la verdadera civilización, es el alma de la Historia, y lo es del período visigótico, principalmente en los Concilios de Toledo.

«Estas asambleas son, sin disputa, dice el padre García Villada, la institución más característica e importante de la monarquía visigoda, tanto en el orden religioso como en el civil. Nada semejante se produjo entonces ni en Italia, ni en las Galias, ni en Bretaña, ni en Germania, ni en ninguna otra nación» (8).

Mas estos concilios recibieron su carácter definitivo de la Escuela de Sevilla, y por consiguiente, en gran parte, de San Isidoro. En efecto, los primeros eran simples asambleas del clero, importantes sí, pero no de la trascendencia que alcanzaron cuando el clero se interesó en los asuntos políticos y abrió su asamblea a los laicos. Y el primer concilio de esta especie fué el tercero, celebrado en 586, en el que abjuraron los visigodos públicamente del arrianismo, y del cual fué promotor y alma el gran San Leandro, fundador de la Escuela cristiana de Sevilla.

El siguiente concilio, reunido casi cincuenta años más tarde, fué convocado por el rey Sisenando en 633, «para conseguir el decisivo apoyo del elemento eclesiástico.» «Concurrieron sesenta y nueve obispos, por sí o representados por sus vicarios, y fué presidido por el gran San Isidoro, de quien con razón se dice que era varón eminentísimo en ciencia y en virtudes, el hombre más sabio de su tiempo, que a su gran talento y cultura unía una piedad tan prudente como acendrada, y cuya admirable erudición causa verdadero asombro a los más sabios de la época moderna» (9). En ese concilio se fijaron las rúbricas protocolarias de estas asambleas.

La influencia de San Isidoro en tales reuniones se prolongó hasta el fin de ellas por medio de sus discípulos, y tal fué el fruto que en ellas se produjo, que de sus decretos pudo salir aquel magnífico código llamado Fuero Juzgo, del cual ha dicho el protestante Guizot que «se siente en él la obra de los filósofos del tiempo, de ese mismo clero que tomaba una parte tan activa en el gobierno del Estado», y esa influencia no era otra sino el deseo de «buscar la justicia, y buscarla laboriosamente, contra los fuertes que la rechazan, y en provecho de los pobres, que no tienen po-

(8) Op. cit., t. II, parte 1.^a, p. 107.

(9) H.^a de España desde la Invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda, por D. Aureliano Fernández Guerra y D. Eduardo Hinojosa, t. I, p. 431.



Rabano Mauro

introducido por su maestro Alcuino, presenta a Otgerio, Obispo de Maguncia, sus poesías sobre la Cruz

PLURA UT UNUM

testad de reclamarla, incluso quizá contra la opinión pública del tiempo, que después de haber tenido gran dificultad en ver un godo en un romano, la tenía mucho mayor aún en ver un hombre en un esclavo. Este respeto del hombre, cualquiera que sea su origen o su situación social, es un fenómeno desconocido en las legislaciones bárbaras, y han sido necesarios casi catorce siglos para que pasase plenamente del orden religioso al orden político, del Evangelio a los códigos. No es, pues, pequeño honor para los obispos visigodos haber guardado y transportado, en cuanto han podido, a las leyes, este noble sentimiento, que tanto cuesta

desarraigar del seno de los hechos, y pelagra sin cesar de caer enterrado bajo su peso» (10).

No podemos, pues, concluir otra cosa de todo lo que llevamos expuesto, sino lo que San Braulio dice de su maestro: «Dios le suscitó en los últimos tiempos en medio de los defectos de España para restaurar los antiguos monumentos y para que fuera como el faro que iluminase a los que estaban ya encallecidos en la rusticidad»

Pablo López Castellote

(10) Guí'ot, citado por Bourret, op. cit. p. 182.

RADIOMENSAJE PASCUAL AL MUNDO CATOLICO (23 marzo 1951)

Desde este incomparable lugar, donde en el pasado Año Santo se han encontrado juntos la urbe y el mundo entero en solemnes y solemnísimas horas, enviamos a la multitud de los fieles de nuestra diócesis de Roma, a los peregrinos que aquí han acudido para la Pascua cristiana, y a cuantos en la tierra escuchan Nuestra voz, el conmovido saludo del Padre común.

Os ha despertado, amados hijos e hijas, el anuncio angélico *Surrexit!* ¡Ha resucitado! Aquel anuncio mismo, dirigido un día a pocas almas sobrecogidas aún por el pavor y el temor (Marc., 16, 6-8), se repite en cada eclosión de la primavera y se difunde por todas partes sobre la onda melodiosa de las campanas, para suscitar en millones de almas el mismo potente temblor de júbilo, el mismo fervor de fe, el mismo prolongado aliento de esperanza.

Gozaos y exultad, amados hijos, porque la vida que se renueva en Jesús resucitado, en el alba de Pascua, es para toda alma prenda de nueva vida y de futura resurrección. Misterio de renovación es la Pascua. Todas sus voces lo invocan: quemad en vosotros el viejo fermento de la malicia y de la maldad (1 Cor., 5, 8); revestíos del hombre nuevo, como es deseo de Dios; que la mente se eleve a las cosas celestes; descienda en cada alma la gracia santificante; más alta y más concreta se vuelva la justicia, más universal la caridad; en una palabra, renovad los vínculos rotos entre el hombre y Dios, entre hombre y hombre. ¡Volved a haceros hijos, volved a haceros hermanos!

Sea la paz el primer fruto. *Pax vobis* (Luc., 24, 36). Es la nueva salutación de Cristo resucitado. Lo que en su cuna era una promesa, en el día de Pascua quiere ser una realidad, efecto de la cumplida Redención. Que aquel saludo de paz que resonó veinte siglos ha, como sello de sus apariciones y señal de la Iglesia naciente, se acoja hoy más que nunca, cual divino precepto que vincula toda conciencia, se reciba como don inestimable, se actúe como la empresa más digna de la actual civilización, más ansiada por el cielo y la tierra.

Mas para que el gozo pascual no se disipe con el declinar del día, sino que, por el contrario, dure perenne por larga sazón y penetre los corazones mayormente azotados por la tormenta, que hoy sacude el mundo, descienda, oh Jesús, vuestra bendición, portadora de renovamiento y de paz, sobre este pueblo que levanta a Vos unánime un himno de gratitud y de impetración.

Benedicid, oh Redendor Divino, a la sagrada Jerarquía, a los ministros del santuario y a los aspirantes al sacerdocio,

aquellos que, renunciando al mundo, se han consagrado a Vos en las más variadas formas de la vida religiosa.

Benedicid las intrépidas huestes del apostolado seglar y reavivad en ellas con medida colmada, la intrepidez de la profesión cristiana, el ardor del celo, la firmeza de la viril fidelidad.

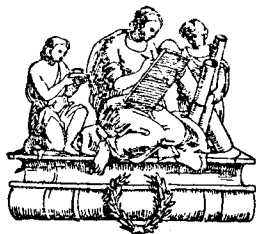
Benedicid a los dirigentes de las Naciones e inspirad sus propósitos de justicia y de paz, de fraterna comprensión y de recíprocas ayudas, a fin de que, librados de toda ansia de dominación y de violencia, puedan los pueblos vivir y servir a Dios en el pacífico trabajo y en la serena tranquilidad, y de esta manera pasar de la laboriosa jornada terrena a la felicidad de la patria celeste.

Benedicid a las familias, en cuyo seno progenitor crecen las generaciones que habrán de formar la Iglesia del mañana; benedicid y sostened a los jóvenes y a las muchachas, cuya pureza, cuyo valor, cuya alegría espiritual, constituyen una de las más férvidas solicitudes de vuestra Esposa inmaculada.

Benedicid y confortad a aquellos, quienes por las seducciones terrenas y los errores insidiosos han sido dañados en el sentimiento y en el pensamiento, en la conducta y en las obras, y ayudadles a hallar de nuevo desde lo espeso de la tibieza, de la indiferencia, del alejamiento de Dios, la única vía que conduce a la verdad y a la salvación.

Difundid esa vuestra bendición sobre todos los que sufren en el cuerpo y en el espíritu; suscitad, en número siempre mayor, almas generosas prestas a acorrer doquiera que se oiga un grito, un lamento, un suspiro, prontas a dedicar su mente, su brazo y sus bienes al cuidado de tantos niños abandonados por las calles, al sustento de tantos viejos privados de todo socorro, de tantos menesterosos que padecen la vida entre el desvalimiento y la enfermedad, de tantos prófugos errantes en busca de otra patria, de tantos oprimidos víctimas de las humanas injusticias; infundid valor a cuantos gimen en los hospitales, en las cárceles, en lugares de destierro y dolor, acaso aun injustamente; acrecentad la fortaleza a aquellos que padecen en su honor, en su libertad, y en la carne por la defensa de su fe: fúlgidos ejemplos de fidelidad a Vos, divino Vencedor del infierno y de la muerte.

¡Triunfad, triunfad, oh Jesús! Venga, acérquese la hora de vuestro Reinado. Resplandeza vuestro imperio sobre la tierra, más conocido, más amado, más potente, como infinita que es la potencia de vuestra sangre divina, derramada por la redención de todo el mundo!



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HISTORIA DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA (De Lamennais a Georges Bidault), por Havard de la Montagne. Editorial Tradicionalista, S. A. Madrid.

Verdaderamente "complejo y espinoso", como nos dice el traductor en su prólogo, es el tema que se ha propuesto desarrollar Roberto Havard de la Montagne. Pero la competencia del autor ha salvado los escollos y nos ofrece una "Historia de la democracia cristiana" fruto indudable de un concienzudo estudio.

A través de sus páginas vamos viviendo el nacimiento y desarrollo de la democracia cristiana, partiendo de la actitud de los católicos frente a la Revolución francesa, pasando por el liberalismo católico y por el "ralliement", y acabando en la democracia cristiana y el "Movimiento Republicano Popular". Así, el libro no es un documento meramente histórico, sino de una actualidad palpitante, al tratar del entroque, las ideas y la actuación del M. R. P. francés.

El traductor español, el prestigioso historiador J. J. Peña Ibáñez, ha tenido el acierto de añadir unas abundantes notas sobre los hombres y los hechos que desfilan en la obra de Havard, que si bien pueden ser familiares para los franceses y conocidos al público culto español, son de gran utilidad para muchos que, sin ellas, encontrarían el libro farragoso y no se aprovecharían de él convenientemente.

A decir verdad, Havard de la Montagne no es un simple historiador. Es también un pensador político. Por eso, al lado de la aleccionadora historia de la democracia cristiana francesa (lección no bien aprendida por muchos católicos de Francia y de otros países, obstinados absurdamente en mantener equívocos), Havard nos va demostrando con claridad meridiana los errores de la democracia cristiana y su contumacia enfrentada muchas veces con la doctrina de la Iglesia. El autor ha tenido la sagacidad de no parangonar a los demócratas cristianos, antes liberales católicos, con pensadores, de más o menos renombre, fieles a la verdad social y política del Catolicismo. Havard de la Montagne parangona el pensamiento y la actuación demócrata-cristianos con las directrices y las enseñanzas de los Papas. Y el resultado no es nada favorable para los que quieren compaginar dos corrientes que se repelen: liberalismo y catolicismo. Si el primero es un mal y el segundo es un bien, ¿es posible que alguien pretenda realizar la ilógica fórmula "bien-mal"?

Sin embargo, ese absurdo lógico de la unión del "bien-mal" es el que quiere llevar a cabo la democracia cristiana. "El M. R. P. ha acarreado todos los errores e ilusiones que llenan el camino desde 1789. Ha tomado por una doctrina los lugares comunes de la retórica revolucionaria y liberal. Ninguna lección de la experiencia le ha servido (...) Decía el Cardenal Pie: 'No os acomodéis a este siglo, sino reformad el siglo y plegadlo a la novedad de vuestra vida. No os asimiléis al mundo; asimilad el mundo a vosotros; he aquí vuestra misión'. Los republicanos populares no han seguido el consejo del gran Obispo de Poitiers. Se han asimilado, se han adaptado." En lugar de atraer el mal al bien, han amalgamado el bien con el mal. El resultado ha sido, es y será la catástrofe.

No ha mucho, el 10 de febrero de este año, la revista "Ecclesia", órgano de la Acción Católica Española, decía en su editorial: "El Papa ha lanzado su sermón cuaresmal. 'Es necesario —ha dicho— reconquistar espiritualmente a los hombres de poca fe y a los de alma vacilante'. Subrayamos la palabra 're-

conquistar' porque señala que en la historia del apostolado moderno no todo son avances; se han dado también retrocesos. Hemos perdido mucho social e individualmente. Los hombres de poca fe o de alma vacilante son los que piensan que la religión no es capaz de reconstruir este mundo quebrantado. (...) La infecundidad lamentable de muchos apostolados no puede achacarse ni a la mengua de vitalidad del mensaje evangélico ni a la disminución de la gracia otorgada por Dios. Sería oportuno que todos nos preguntáramos, como los discípulos al pie del Tabor cuando comprobaron su impotencia para curar al niño lunático: '¿Por qué causa no hemos podido echarle?' Y que anotáramos la respuesta: 'Porque tenéis poca fe'..."

Cabe aplicar también esa enjundiosa lección a los demócratas cristianos que, en cierta manera, pretenden realizar un apostolado en la política, y preguntarle: ¿Por qué causa no habéis podido echar de las naciones el demonio que corroe su vida social? ¿Por qué os obceáis en defender la inoperante ecuación "liberalismo + catolicismo = remedio ineficaz para curar los males del mundo?"

La respuesta sólo puede ser una: Porque tenéis poca fe. Porque vuestra alma duda del catolicismo sin añadiduras ni modificaciones de ninguna clase. Porque vaciláis en creer en las enseñanzas puras de la Iglesia. Porque desconfiáis de las doctrinas religiosas, políticas y sociales del Reino de Cristo. ¿Y vuestras fórmulas, qué? Oid la palabra evangélica: "¿De qué dudáis, hombres de poca fe?"

Por esas consideraciones, que arrancan del libro de Havard de la Montagne, por el doble planteamiento histórico y doctrinal de la obra que nos ocupa, trazados de acuerdo con la verdad y con el sentir de la Iglesia, la "Historia de la Democracia Cristiana" es un buen libro orientador y un documento histórico-político muy valioso y acertado. Desgraciadamente no es frecuente que hoy en día se escriba con la entereza de Havard, por lo cual su pluma cobra aún más valor.

Así, nos dice en la "Conclusión": "No hemos acompañado sin tristeza a los republicanos populares en su desordenado caminar. Al fin y al cabo, estos líderes de la IV República son católicos (...) No han hecho el bien, y no podían hacerlo, porque ligándose a la Revolución, obstinándose en considerar al Evangelio como un eterno fermento revolucionario, el error político estaba en su punto de partida; y según la ilustre frase de Blanc de Saint-Bonnet, todo error político es un error teológico realizado. (...) De cualquier lado que se mire, material y moral, positivo y negativo, relativo y absoluto, la obra realizada es detestable en sí. Han sido los artesanos del mal. Puede parecer duro este juicio. No lo emitimos sin haber reflexionado sobre él. A quienes nuestra conclusión asuste, a los que apoyan al M. R. P. en nombre del mal menor, les ruego que se interroguen. ¿Qué es el mal? Lo opuesto al bien. Preconizar el mal menor es contradecir el bien y aceptar el mal en parte. ¿Para evitar lo peor? Sea. Hay grados en el mal, en efecto. ¿Pero qué imprudencia el creer que en su primer escalón se detendrá uno, que no bajará poco a poco toda la cuesta! Si dijese: el menor bien; menor respecto al bien completo, integral, difícilmente realizable, ya nos entenderíamos mejor. La aspiración al menor bien sería susceptible de procurar una pequeña cantidad de bien. Limitar sus deseos al mal menor es un compromiso con el mal, de donde no puede salir bien alguno."

Luis Luna

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

ACTUALIDAD VATICANA

"Para que el gozo pascual no desaparezca con el declinar del día, sino que dure perenne por largo tiempo y penetre en los corazones angustiados por la tormenta que hoy envuelve el mundo, descienda, oh Jesús, vuestra bendición, que trae consigo la renovación y la paz, sobre este pueblo que alza unánime hacia Vos un himno de loa, de gratitud y de impetración."

Con ocasión de la solemne festividad de la Pascua de Resurrección, Su Santidad el Papa pronunció ante una multitud de doscientas mil personas congregadas en la plaza de San Pedro, una hermosísima alocución, a la que pertenecen los párrafos más arriba transcritos y cuyo texto íntegro puede verse en otro lugar de este mismo número. (Pág. 186).

El tema central de la alocución pontificia lo ha constituido la invocación a la paz, primer fruto, como dice el Papa, de la renovación espiritual que ha de producir en el pueblo cristiano la festividad de la Resurrección del Señor. Para ello Su Santidad implora la venida de la bendición de Dios sobre la Jerarquía Eclesiástica, los sacerdotes y los religiosos, sobre los fieles dedicados al apostolado seglar en sus varias formas, sobre los gobernantes, "para que los pueblos puedan vivir y servir a Dios en medio de un trabajo pacífico y de una serena tranquilidad; sobre los que andan extraviados por las sendas del error, para que encuentren "el único camino que conduce a la verdad y a la salvación"; sobre todos los que sufren, en el cuerpo y en el espíritu; sobre los que se ven privados de recursos para la vida; sobre los prófugos y los alejados de la patria y las víctimas de "la humana injusticia". El Papa pide a Dios conceda fortaleza a los que padecen en su honor, en su libertad y en su carne por la defensa de su fe, "ejemplos fulgurantes", dice, "de fidelidad a Vos, divino Vencedor del infierno y de la muerte".

Al fin de su discurso Su Santidad impartió la bendición papal "Urbi et Orbi". Más tarde, terminadas ya las audiencias oficiales, el Papa quiso corresponder a las insistentes aclamaciones que elevaba la multitud desde la plaza de San Pedro, asomando su venerable figura por una de las ventanas del Palacio Vaticano.

El lunes de Pascua pronunciaba Su Santidad un nuevo e importante discurso, que asimismo transcribi-

mos textualmente en este número. La palabra de Su Santidad iba dirigida esta vez a cerca de tres mil peregrinos pertenecientes a la "Union Catholique de l'Enseignement Publique". Esta organización engloba a los profesores de las Instituciones públicas francesas que sienten dentro del campo de sus actividades educativas la conciencia de su fe católica. El reciente acuerdo de la Asamblea Nacional por el que se deniega una subvención del Estado para los establecimientos de enseñanza no oficiales, comunica un nuevo sabor de actualidad al discurso del Papa, teniendo en cuenta que se dirige a los profesores de unos centros docentes en los que el espíritu laicista prohíbe el estudio de ningún problema en forma que implique la adopción de una actitud confesional. El Papa alaba el fervor religioso de los componentes de la "Union Catholique de l'Enseignement Publique" y las anima a proseguir adelante en la provechosa y benemérita obra a los ojos de Dios y de la Iglesia, por ellos emprendida.

SU SANTIDAD PROCLAMA A S. GABRIEL ARCÁNGEL CELESTIAL PATRONO DE LA TELECOMUNICACIÓN

Se ha hecho público el Breve Apostólico por medio del cual Su Santidad el Papa proclama al Arcángel San Gabriel Celestial Patrono de la Telecomunicación. En dicho Breve se señala la utilidad que rinden para la causa del bien los modernos inventos en el campo de la telecomunicación, particularmente la radio, en los que al propio tiempo es de admirar la maravillosa sabiduría de Dios, "descendiendo del cual, Padre de las luces, nos ha bajado todo regalo óptimo y todo don perfecto" (Jac. 1,17).

Con este motivo el domingo 1 de abril la Radio Vaticana celebró en colaboración con la Radio Italiana, una emisión en honor de su Patrono e inauguró sus nuevos locales, que fueron bendecidos solemnemente, con asistencia de ilustres personalidades eclesásticas y civiles, por el Emmo. Cardenal Canali. El Cardenal Canali pronunció un discurso en el que subrayó los conceptos contenidos en el antedicho Breve, y señaló el interés con que los dos últimos Papas, han seguido y propulsado el desarrollo del invento de la radio, conscientes de la utilidad que podría prestar al bien de las almas y de la Iglesia en general.

SOBRE EL CONGRESO MUNDIAL DE APOSTOLADO SEGLAR

Se van perfilando los contornos de lo que promete ser el Congreso Mundial del Apostolado Seglar que ha de celebrarse en Roma del 7 al 14 del próximo octubre. Tras el discurso inaugural del Emmo. Cardenal Pizzardo se pasará al estudio de los cinco siguientes temas fundamentales: el apostolado de los seglares en el mundo de nuestros tiempos, bases doctrinales del apostolado de los seglares, formación de los seglares para el apostolado, orden social cristiano y presencia y responsabilidad de los católicos en la vida internacional.

Las sesiones de la tarde se dedicarán a los problemas de palpitante actualidad y a cambios de impresiones sobre la experiencia recogida en el apostolado por los representantes de los distintos países.

"Nos hallamos, ha dicho uno de los presidentes de la Asociación Católica Italiana, en un momento histórico en el cual todas las actividades humanas tienden a colocarse en un plano internacional y era lógico que también los católicos militantes sintieran tal necesidad."

El P. Mc Cormick, uno de los principales organizadores del Congreso, ha declarado en la misma ocasión: "Los seglares no sólo están autorizados por la Jerarquía Eclesiástica para colaborar en la evangelización de los hombres, sino que la Iglesia tiene necesidad de ellos. Su misión reviste una especial importancia en medio de las circunstancias históricas que atravesamos. Dado el interés actual del apostolado seglar, el Congreso mundial que se está preparando adquirirá ciertamente inmensa resonancia, no sólo en los ambientes católicos, sino en los de todo el mundo."

El Presidente de la Acción Católica Italiana, Sr. Veronesse, ha llegado a Madrid para asistir a una reunión preparatoria de la representación que acudirá al Congreso en nombre de los católicos españoles.

LA REUNIÓN DEL EPISCOPADO FRANCÉS

Durante los días 3 y 4 de abril se celebra en París la reunión de los Arzobispos y Obispos de toda Francia. Los periódicos y revistas católicos de Francia recuerdan con esta ocasión que no se había celebrado otra semejante desde aquella que tuvo lugar en 1906, por causa de la ley de separación y a la que

asistieron sesenta y cuatro preladados.

Copiamos de "Témoignage chrétien": "Se han ido a buscar muy lejos las razones que han podido provocar esta reunión. De hecho, nadie ignora los profundos trastornos que ha conocido el catolicismo en Francia desde hace unos años. La conciencia de una acentuada descristianización en los medios obreros, así como en sectores de gentes del campo y de la burguesía que se creían menos afectados, ha traído consigo modificaciones, remozamientos e innovaciones en los métodos y aun en el espíritu del apostolado." Al decir del articulista, el examen de los problemas subyacentes en la realidad que descubre con los párrafos que anteceden, el de los relacionados con el apostolado especializado de la Acción Católica y la necesidad de que la Iglesia, dice, no deje sin respuesta las cuestiones nacidas al borde del desenvolvimiento de las ciencias, de las crecientes exigencias de la justicia social y de las nuevas condiciones creadas por la guerra, son motivos suficientes para explicar la conveniencia de la reunión. Por otra parte, añade el susodicho articulista, que "para comprender la convocatoria de una asamblea general del Episcopado, basta con releer la magna carta pastoral en la que el Cardenal Suhard analizaba con perspicacia y angustia apostólica, pero también con optimismo cristiano, la situación de la Iglesia frente al mundo moderno."

Es muy natural y lógica la aparición de las más diversas conjeturas y suposiciones en torno a la Asamblea del Episcopado francés; si bien esta afirmación no ha de interpretarse en ningún caso como sinónimo de pronunciamiento en favor de la verdad y seriedad de todas esas suposiciones y conjeturas. En concreto se sabe que los preladados franceses darán su voto sobre un proyecto relativo a la organización del Secretariado de la Acción Católica y del Secretariado del Episcopado. Celebrarán un cambio de impresiones sobre la situación de la enseñanza libre y aprobarán el texto definitivo de un directorio pastoral de sacramentos, destinado a guiar los esfuerzos de los sacerdotes en su tarea de evangelización.

Las tres cuestiones citadas serán presentadas, respectivamente, por Mons. Feltin, Arzobispo de París; Mons. Gerlier, Cardenal Arzobispo

de Lyon, y Mons. Guerry, Arzobispo-Coadjutor de Cambrai. Sin duda ninguna la reunión de los preladados franceses ha de reportar provechosísimos frutos para la vida católica de su país (1).

EL PRIMADO DE POLONIA DIRIGE UN LLAMAMIENTO A LOS NUEVOS SACERDOTES POLACOS DESDE ROMA

En la prensa diaria ha aparecido una histórica fotografía: la del Primado de Polonia, Mons. Wiszinsky, a su paso por Viena camino de Roma, adonde acude por vez primera, con objeto de postrarse ante Su Santidad, desde que, en 1942, fué elevado a la silla primada de su país. Coincidiendo con la fecha en que son ordenados en Polonia los nuevos sacerdotes, Mons. Wiszinsky ha dirigido a los ordenandos un apremiante llamamiento, en el que les previene de los intentos cismáticos de los enemigos de la Iglesia. Transcribimos el parte de la agencia EFE insertado en la prensa del domingo: "Vivimos en una época de inaudita confusión —dijo el Primado— en época de terribles persecuciones de la Iglesia; en nuestro siglo, que proclama la libertad de los hombres y de la conciencia humana, existen naciones y estados que privan a los obispos de su autoridad y encierran a los sacerdotes en las prisiones."

"A continuación, sigue la noticia, el Primado puso en guardia a los jóvenes eclesiásticos contra los intentos de los enemigos de Dios, que tratan de inducir a los fieles, sin excluir a los sacerdotes, a seguir el camino de la desobediencia y del cisma, convirtiéndolos en esclavos del sistema materialista." "Existe un solo sacerdocio en la Iglesia Católica, creado por Jesucristo —prosiguió—; el sacerdocio de la Iglesia Católica está ligado por lazos eternos con el primer Papa, San Pedro. Por tanto, hay que obedecer sólo a los sacerdotes que recibieron el sacramento del Orden de manos de los obispos católicos y que están en unidad con la sede apostólica. No existe en la tierra ninguna autoridad que pueda substituir el poder sobrenatural de Cristo, de su sucesor el Papa y de sus obispos. Nuestras palabras son duras, pero duros son también los tiempos que vivimos. Ellos son, precisamente, los que nos ordenan proclamar sin descanso la verdad de

Dios, la única que puede salvar todavía al mundo."

La noticia subraya que las palabras del Primado polaco han desatado una nueva tormenta de ataques contra la Iglesia.

Esta alocución de Mons. Wiszinsky da la medida de las tremendas dificultades en que se desenvuelve la labor de la Iglesia, en los países sometidos a las influencias de Moscú. Los expertos de la revolución vienen empleando, en su empresa destructora de la fe de los pueblos, una táctica apropiadísima para atraer incautos y con la que, desgraciadamente, no han dejado de obtener algún éxito: no atacar, en términos generales, los dogmas de la Iglesia, sino en lo que se refieren a la necesaria sujeción de los fieles a la silla de Pedro, con lo cual hieren de muerte, por supuesto, la fe católica de los países en que "operan", puesto que al cortar la dependencia con Roma, interceptan el conducto por donde llega la asistencia infalible del Espíritu Santo. La utilización de semejante táctica aparece clara, por lo que respecta a Polonia, de las antedichas palabras del arzobispo Primado; no faltan rumores de los que, una vez se resuelvan en algo concreto, informaremos cumplidamente a nuestros lectores, que afirman se dejan ya sentir, por desgracia, los efectos de esa misma táctica en China y Checoeslovaquia.

LA XI SEMANA SOCIAL ESPAÑOLA EN BARCELONA

Durante los días 16 a 21 del corriente tendrá lugar en Barcelona las sesiones de la XI Semana Social española. Tema general de los estudios propios de la misma será: "Problemas de la clase media". Es de desear que el fruto práctico de las conferencias y comunicaciones, iguale el acierto que han mostrado los organizadores de la Semana en la elección del tema. De un tiempo a esta parte, en efecto, la clase media, como problema, ha llamado la atención de los estudiosos. Las consecuencias a que han llegado éstos no siempre son concordantes entre sí, pero esta variedad de opiniones no prejuzga de la inutilidad de los esfuerzos hechos hasta el momento, sino que indica más bien, la necesidad de coordinarlos con miras de llegar a una conclusión eficaz, siempre a la luz de un enfoque realista y cristiano del problema.

HIMMANU-HEL

(1) Cfr. Ecclesia 7 Abril.

LEYENDO Y BRUJULEANDO

La declaración de Mac Arthur. - España y el pacto del Atlántico. - Controversias alrededor de Mac Arthur. - Roosevelt y Truman. - Regreso de Londres. - "Puede ser el principio de la guerra mundial..." - Mac Arthur amenazado. - ¡Libertad para los poldevos!

Del 22 al 26 de marzo

LA DECLARACIÓN DE MAC ARTHUR

Rompiendo el extraño diálogo que prosigue en los actuales días en París entre los adjuntos de las cuatro grandes potencias, surge de nuevo en la escena internacional, presentando nuevas y también ya conocidas facetas, la incomprensible guerra que se ventila en Corea.

La nota culminante nos la ofrece el general Mac Arthur con unas extensas declaraciones manifestando su disposición a parlamentar con el comandante enemigo; sin embargo, el paso dado por el general norteamericano ha venido precedido de singulares informaciones que probablemente han preparado la, en apariencia, sorprendente propuesta del jefe de las fuerzas de las Naciones Unidas.

Cabe citar en primer lugar, la noticia facilitada por la agencia United Press, según la cual varias delegaciones en la ONU proponían la apertura de negociaciones con Pyong Yang, es decir, la capital de Corea del Norte, sobre la base de restablecer el "statu quo ante bellum" y firmar un armisticio tan pronto las tropas aliadas llegasen al paralelo 38. La fórmula, aceptada al parecer por Trygve Lie, tendría la ventaja de poder ser admitida por la China comunista, "sin necesidad de que ésta hubiera de reconsiderar su anterior no reconocimiento de la comisión de buenos oficios, ya que sus tropas en Corea están formadas, como se sabe, de "voluntarios" ("Le Monde").

La proposición de las Naciones Unidas vendría respaldada por cierto espíritu de cansancio que se dejaría sentir en Norteamérica en relación con la crisis coreana, y por un vago temor de que la misma pueda desembocar en una guerra abierta con China. ¿Estarían dispuestos los Estados Unidos, para detener la agresión en Corea, a llevar la guerra al continente asiático? "En mi opinión, no —escribe un corresponsal desde Wáshington—. Primero, porque no están todavía agotadas las esperanzas de evitar que China se lance irremediablemente en los brazos de Moscú; segundo, porque sería fuera de toda proporción arriesgar en Corea una guerra internacional; y tercero, porque la opinión nacional americana está fa-

tigada de la aventura" ("Diario de Barcelona").

Pero, entonces, ¿qué se ha hecho de aquella "simplicidad norteamericana ante la crisis internacional" que, al decir del propio corresponsal, "hace imposible la menor concesión moral y política por parte de los Estados Unidos a la China comunista"? (1).

¿Se halla acaso influida la opinión yanqui por las manifestaciones, que nos transmite la prensa, del catedrático de la Universidad de Wisconsin, Trewartha, de que "los Estados Unidos no podrán nunca vencer a China con la bomba atómica, porque se trata de ciudades totalmente diferentes de las americanas"?

Preparado el ambiente y sugerida una intervención de la ONU para poner término "amistosamente" a la guerra, no puede decirse que la intervención pública de Mac Arthur constituya una auténtica sorpresa. Mac Arthur ha afirmado:

1) "Las tácticas de oleadas humanas del enemigo han fracasado definitivamente".

2) "A este nuevo enemigo, la China roja..., le falta la capacidad industrial para proveerle adecuadamente de muchos elementos críticos esenciales para llevar a cabo una guerra moderna."

3) El enemigo "ha demostrado una completa inhabilidad para cumplir por la fuerza de las armas la conquista de Corea".

4) "A través de la expansión de nuestras operaciones militares a sus áreas costeras y a sus bases interiores, se podría obligar a la China roja a correr el riesgo de un colapso militar inminente"; y

5) "Dentro del área de mi autoridad, como comandante militar, sin embargo, no es necesario decir que estoy en cualquier momento dispuesto a conferenciar en el campo de batalla con el comandante de las fuerzas enemigas."

¿A qué obedecen estas veladas amenazas y esta abierta invitación a solucionar mediante negociaciones la cuestión coreana?

¿No se acuerdan, tal vez, el general Mac Arthur y los miembros de la ONU de las repetidas negativas de Pekín de aceptar cualquier propuesta, y de las últimas declaraciones de Stalin anunciando la de-

(1) Véase «Quincena política». CRISTIANDAD, 1.º enero 1951, pág. 23.

rota total de los norteamericanos en Corea?

EL GOLFO PÉRSICO Y LOS ESTRECHOS

El senador demócrata Johnson pide en el Senado que se desista de formar el ejército del Pacto del Atlántico, ya "que no proporcionará más que unas fuerzas suicidas y pondrá al descubierto una debilidad miserable, lo que constituiría una invitación a Stalin para que comenzase la guerra". Después, comenta: "El más sensible lugar del globo es hoy el Golfo Pérsico, y es ahí donde el curso de la Historia puede ser cambiado."

Ciertamente, el interés de los políticos y de los militares viene apuntando, desde hace algunas semanas, hacia las regiones del Próximo Oriente. La declaración del señor Johnson no constituye, así, más que un aspecto de aquel interés. Sin embargo, ¿al referirse al Golfo Pérsico no ha querido el referido senador señalar también otras zonas tan importantes, al menos, del Cercano Oriente?

Drew Pearson, escribiendo desde Estambul, explica como en las orillas del Bósforo se ven anclados barcos del mundo entero: "Mirando este canal y los barcos anclados en él —afirma— es fácil comprender se hayan librado trece guerras para dominarle. Porque sin este angosto canal que une el mar Negro con el Mediterráneo, los barcos de la flota rusa están embotellados. Lo mismo ocurre con los buques de los satélites soviéticos." Y concluye: "Hay una parte del mundo económicamente tan importante para el Kremlin como el acero y el carbón de Alemania, a saber: el Bósforo y los campos de petróleo del Cercano Oriente".

La atención con que los estrategas norteamericanos vienen considerando la cuenca mediterránea, parece confirmar el punto de vista de Pearson.

Del 27 al 31 de marzo

CONTROVERSIAS ALREDEDOR DE MAC ARTHUR

La declaración del general Mac Arthur es objeto de apasionados comentarios y controversias. La agencia Reuter supone que el general ha sido objeto de una reprimenda de su Gobierno, pero —añade— que

pronto sería perdonado "si resultase que la China comunista aceptaba su ofrecimiento".

Esta disyuntiva, cuya solución estaría en manos de Pekín, abre el camino a otras posibilidades. Sea o no cierta la información de la Reuter, flotan en el ambiente unas preguntas que no han sido todavía contestadas, y que un corresponsal en Londres formula de la siguiente manera: "¿Está el general de acuerdo con el Gobierno de los Estados Unidos o está intentando crear una situación que obligue al Gobierno de Norteamérica a seguir las ideas de su comandante en jefe en el Océano Pacífico?... ¿El sentimiento del pueblo norteamericano coincide con los movimientos lentos y prudentes ahora de Truman y de Acheson o con "las imprudencias del general Mac Arthur?" ("La Vanguardia Española").

La respuesta que se dé a estos interrogantes, situaría exactamente la posición de Norteamérica ante los difíciles problemas planteados en el Pacífico, porque no es lo mismo que Mac Arthur hable por su propia cuenta o que interprete el modo de pensar de su Gobierno; sin embargo, lo más grave sería que la opinión pública norteamericana apoyara la actitud de Mac Arthur contra el confusionismo de que hacen gala sus gobernantes. ¿Cuál es la auténtica interpretación?

"En cualquier caso —observa otro corresponsal en Washington—, esta vez la victoria psicológica ha sido del general..." Y lo ha sido en gran parte porque el pueblo estadounidense no ve otra solución, ni mejor ni peor, que la que le ofrece Mac Arthur. Es inútil que el secretario de Defensa, George Marshall, traiga de corregir al comandante de las fuerzas de la ONU y afirme que el avance más allá del paralelo 38 es materia de decisión política, porque, como afirma aquel mismo corresponsal, "lo peor de la guerra de Corea, hasta este momento, es que no existe en las altas esferas políticas norteamericanas un criterio definido sobre el futuro, ni por una fórmula de paz ni por una política de guerra" ("Diario de Barcelona").

La última noticia procedente de Pekín, anunciando que la China comunista rechaza la propuesta de Mac Arthur, abre un período crítico tanto para el Gobierno norteamericano como para las Naciones Unidas. "Lo que importa en estos momentos es salir de la confusión y de la inmovilidad, y el mejor medio para descargar la atmósfera después del incidente Mac Arthur sería el de hacer desde Lake Success un nuevo intento de llegar a un acuerdo con Pekín." Así comenta "Le Monde" la negativa de la China roja. Pero, ¿no sería acaso mejor que las Naciones Unidas y el Gobierno norteamericano, de una

parte, y éste y el general Mac Arthur de otra, intentasen alcanzar un acuerdo sobre los objetivos que se proponen conseguir en Corea, y sobre los medios más apropiados en orden a su consecución?

ROOSEVELT Y TRUMAN

"La administración Truman se ha desviado de la política que siguió el fallecido Roosevelt." Esta afirmación la hace el ex secretario de Estado norteamericano Summer Welles al enjuiciar, en su libro "Siete decisiones que han hecho historia", la actual crisis en Extremo Oriente. La política de ineficacia y de vacilaciones del Gobierno de Washington en Corea entre los años 1945 y 1950, añade Welles, "fue una abierta invitación a los comunistas nortecoreanos y a sus aliados chinos y rusos para invadir Corea del Sur". A este propósito, recuerda la declaración del departamento de Estado, de enero de 1950, de que la Corea del Sur "no se encuentra en nuestra línea de defensa".

Algo parece haber cambiado en la dirección de la política norteamericana desde la muerte de Roosevelt, de un modo concreto en lo que hace referencia a la actitud de los Estados Unidos frente a la URSS. Pero según Welles la tirantez entre las democracias y el Kremlin no es fruto del afán expansionista de los dirigentes soviéticos, sino que ha nacido del incumplimiento por parte de Truman de los acuerdos firmados en el Cairo y en Yalta.

¿Cuál ha sido el factor determinante de semejante cambio? Sea cual fuere la contestación a esta pregunta, otro interrogante seguiría en pie: ¿La política de Truman desde 1945 ha favorecido o no los planes comunistas trazados en Moscú?

REGRESO DE LONDRES

"De Gasperi ha regresado de Londres con las manos vacías", dicen unos periódicos italianos. "De Gasperi ha conseguido obtener la perfecta comprensión inglesa para todos los puntos de vista italianos", escriben otros. Sin embargo, un corresponsal de "Solidaridad Nacional" observa que el presidente y el ministro de Asuntos Exteriores se han encontrado, a su regreso de Londres, con grandes manifestaciones de la juventud universitaria de Roma pidiendo la devolución de Trieste. "El conde Sforza —agrega— ha oído desde su despacho del Palacio Chigi muchos más silbidos que vítores, mientras que las caricaturas de los periódicos nacionalistas volvían a dibujarlo implacablemente con las huellas de un pie en los faldones del frac."

¿Qué fueron a buscar De Gasperi y Sforza en Londres? ¿Qué consiguieron del Gobierno laborista,

después de la misteriosa llegada de Moisés Pijada a la capital británica?

Del 1.º al 4 de abril

«PUEDE SER EL PRINCIPIO DE LA GUERRA MUNDIAL...»

Los tanques norteamericanos han cruzado el paralelo 38.

La noticia ha venido apostillada poco después por unas declaraciones del general Mac Arthur afirmando que los chinos comunistas han concentrado en Corea del Norte el más fuerte potencial de guerra conocido hasta la fecha, en la campaña de Corea. Se calcula que los comunistas chinos tienen concentradas unas 63 divisiones al norte del paralelo 38.

El anterior informe viene a contradecir la nota optimista dada por el propio general, al proponer una conferencia en el campo de batalla con el comandante de las fuerzas enemigas, y puede señalar el comienzo de una nueva ofensiva roja que pusiera en peligro los avances conseguidos por los norteamericanos en las últimas semanas.

Además de las expresivas afirmaciones del general Mac Arthur, se han publicado otras manifestaciones más terminantes sobre la posibilidad de que los comunistas se lancen a un asalto en masa, tal vez definitivo, de las posiciones que ocupan en Corea las fuerzas de las Naciones Unidas.

Las manifestaciones a que aludimos acaban de ser hechas por el presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, Sam Raybourn, después de haber asistido a una conferencia celebrada en la Casa Blanca y a la que concurren varios destacados jefes militares. Ni la calidad del personaje, ni la fuente informativa donde recogió los datos precisos que constituyen el punto central de su intervención en la Cámara, pueden hacer dudar, al parecer, de la veracidad substancial de sus palabras.

Ha dicho Sam Raybourn: "Creo que estamos frente al terrible peligro que puede ser el principio de la tercera guerra mundial."

Más adelante ha precisado: "Puesto que ayer aviones enemigos volaron sobre Corea; puesto que la concentración de tropas en Manchuria no está formada por chinos comunistas en su mayoría; creo que estamos en un peligro mayor de que se extienda la guerra, más que en ningún otro momento desde que terminó en 1945."

¿A qué nación pertenecen estos soldados comunistas concentrados en Manchuria, de los cuales se sabe únicamente que no son chinos?

Al mismo tiempo que Sam Raybourn ponía a sus conciudadanos en alerta ante la proximidad de un posible comienzo de la tercera guerra

ACTUALIDAD

mundial, anunciaban en París la celebración de una importante entrevista en Moscú, entre Stalin y Mao Tsé Tung. El motivo de la reunión de los dos jefes comunistas era la petición insistente de Mao de que la URSS intervenga militar y políticamente para poner fin a la guerra de Corea.

La correlación entre ambas informaciones es perfecta, y se halla precisamente en la misma línea que indicaba Stalin cuando anunció sin rodeos que la única solución de la guerra de Corea era la derrota total de las fuerzas norteamericanas y aliadas que se encontraban en dicho territorio.

La gravedad de las afirmaciones antes transcritas pone acentuada sordina a la exuberancia optimista del ministro de Asuntos Exteriores británico, Herbert Morrison, al afirmar que éste era el instante psicológico para poner fin a la guerra de Corea.

¿Es que los dirigentes de Pekín aceptarán otro final que el que les ha sido señalado desde Moscú? ¿Acaso las manifestaciones de Sam Raybourn no indican que la decisión de los comunistas es irrevocable?

MAC ARTHUR AMENAZADO

La declaración de Mac Arthur continúa siendo objeto de duras polémicas y agrias censuras. El "Washington Post" escribe: "Esta clase de comportamiento es intolerable y habrá que aplicar correctivos, a menos que se quiera que la sede del

Gobierno sea trasladada de Washington a Tokio y que nuestras relaciones con la ONU se estropeen irreparablemente..."

¿Qué se prepara contra Mac Arthur?

PRECAUCIONES NORTEAMERICANAS EN EL MEDITERRÁNEO

Una potente división de la marina de guerra norteamericana, con un total de diecisiete buques, ha entrado en Gibraltar, procedente de los Estados Unidos. Con estos refuerzos, la sexta flota en servicio en el Mediterráneo, bajo el mando del vicealmirante Gardner, especialista en portaaviones, constará de tres grandes buques de este tipo (uno de ellos el "F. D. Roosevelt", de 45.000 tons.), cuatro cruceros pesados, veintisiete destructores y un número indeterminado de submarinos.

¿La concentración de tan poderosa escuadra en aguas mediterráneas, puede tener alguna relación con el inquietante problema que plantean los Estrechos en el caso de que estalle una nueva conflagración mundial?

¡LIBERTAD PARA LOS POLDEVOS!

Hace algunos años —cuenta un corresponsal en París— que un equipo de periodistas de cierto diario francés, crearon, con el fin de dar una broma a los sesudos diputados de su país, un pueblo euro-

peo, localizado en esas regiones balcánicas de geografía difícil, cuyos habitantes respondían al nombre de "poldevos". Con el pueblo, crearon un mito —el de la tiranía a que estaba sometido— y un organismo eminentemente demócrata —el "Comité Pro Liberación del Pueblo Poldevo"—, y continúa explicando el corresponsal: "Con esta base y unas resmas de papel provisto del debido membrete, los bromistas se dirigieron a los parlamentarios, solicitando su adhesión a la campaña liberadora y recordándoles los estrechos lazos espirituales que siempre existieron, a lo largo de la Historia, entre los líderes de la libertad poldeva y algunas de las más destacadas figuras que brillaron al frente de los destinos de las tres Repúblicas que en Francia habían sido... El resultado fué que no sólo muchos parlamentarios enviaron su adhesión entusiasta, sino que algunos se hicieron, en el "Palais Bourbon", los campeones de la libertad de los poldevos..."

¿Cuántas veces no han sido movilizados los inmensos recursos de las democracias para liberar a los acongojados "poldevos", mientras los pueblos reales van siendo entregados al libertinaje y a la esclavitud?

SHEHAR YASHUB

NOTA.—Entrado en máquina el presente número, nos llega la noticia de la destitución del General Mac Arthur, a la cual nos referiremos más ampliamente en la próxima quincena. La noticia contesta definitivamente al interrogante que planteábamos unas líneas más arriba. ¿Qué se prepara contra Mac Arthur?

Desde el principio de su aparición CRISTIANDAD ha expresado su convicción de que el naturalismo que impregna el ambiente constituye el enemigo primero del ideal de orden divino entre los hombres y las sociedades. Y anunció también su táctica contra este error radical y su traducción política y social: el liberalismo. Sin dejar de combatirlos directamente va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural, (véase el artículo "El porqué de esta Revista", reproducido en ocasión del séptimo aniversario de su aparición, en nuestro número pasado, págs. 148 y 149).

En efecto no es posible realizar con eficacia una campaña antinaturalista, debe ser necesariamente para que pueda dar algún fruto una campaña sobrenaturalista. He aquí lo que contendrán nuestros próximos números.

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en **BESSACHS**
(GIRONELLA)

*Todo socio del Apostolado de la Oración
debiera leer:*

ECOS DE LA CRUZADA

INTERNACIONAL DE ORACION Y PENITENCIA

DIRECCION DIOCESANA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

Redacción y Administración:

Vía Layetana, 105, pl. - Teléf. 22 24 89
BARCELONA

La Vuelta a los Altares

Luis Creus Vidal



*Del ocaso de las dinastías
de los siglos XVIII y XIX*

*a la tragedia de la actual
postguerra*



Pídalo en nuestra Administración
Precio: 25'— Ptas.

ENCUADERNACIONES

R. Girbes Sanchis



Sagunto, 75

Teléfono 23 33 30

BARCELONA (Sans)

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

José Fontanals Hill
Hermanos

♦ ♦

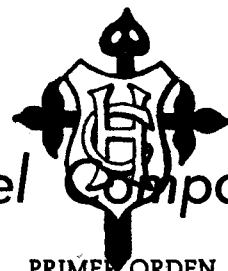
FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦

ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS

|||

Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25
BARCELONA



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923
San José, 3

SABADELL